ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL, MADRID.

MARTIRIO
DEL CORAZON,

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

PRIMER ENSAYO LITERARIO

DE

D. JOSÉ GARCIA BERENGUER.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Rioja de Sevilla el dia 2 de Febrero de 1875.

SEVILLA: 1875.
IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE SALVADOR ACUÑA Y C.ª
COLON 26.

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL, MADRID.

MARTIRIO
DEL CORAZON,

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

PRIMER ENSAYO LITERARIO

DE

D. JOSÉ GARCIA BERENGUER.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Rioja
Febrero de 1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
T. BORRAS
N.º de la procedencia

SEVILLA: 1875.
IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE SALVADOR ACUÑA Y C.ª
COLON 26.

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/martiriodelcoraz00garc

Faltaría á un deber de justicia y gratitud si no dedicára algunas líneas á los actores y actrices, que tomaron parte en el estreno de esta obra y en particular á la simpática Srta. Doña Amalia Zafra, que no desmintió, en la interpretacion del papel de Elena, el justo aprecio que de su mérito artístico ha hecho siempre el ilustrado público sevillano, como lo probaron los innumerables aplausos que la prodigaban durante la representacion. Del Sr. D. Antonio Ruifernandez, jóven y concienzudo primer actor, ¿qué puedo decir, si las palabras enmudecen donde los hechos hablan? Las Srtas. Gonzalez y Esquivel; los Sres. Monsol, Mendoza, Hiller, Rojas y demás actores dejaron altamente satisfechas las justas exigencias del escogido y numeroso público que llenaba las localidades de este coliseo. Doy, pues, merecidas gracias á mis jóvenes amigos, que realzaron con sus esfuerzos el mérito (si alguno tiene) de mi primer ensayo literario.

EL AUTOR.

721126

PERSONAGES.	ACTORES.
ELENA.	Srta. D.ª Amalia Zafra.
MARÍA.	» » Amalia Gonzalez.
SOR ANTONIA.	Sra. » Aurora Esquivel.
LUISITA.	Srta. » L. Iglesias.
BRÍGIDA.	Sra. » N. N.
EL SEÑOR PEDRO.	D. Antonio Ruifernandez.
EL CONDE DEL JUNCO. . . .	» Juan Mendoza.
DOCTOR DELVI.	» Arturo Monsol.
RICARDO DEL VALLAR. . .	» Antonio Hiller.
LUIS.	» Rafael Rojas.
DERVAL.	» J. Almonte.
JOAQUIN.	» Emilio Rodriguez.
FRANCISCO.	» J. Diaz.
UN CRIADO.	» N. N.

Hermanas de la Caridad, caballeros de la Santa Hermandad de la Soledad, niños y niñas.

La accion, el primer acto en un lugar á pocas leguas de Madrid.—El segundo, en un hospital de Madrid.—El tercero, en los salones de la quinta del conde.—El cuarto, en los jardines de la misma.

Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO.

LA FUGA.

Selva á todo foro. A la izquierda del actor, fachada de casa rústica con emparrado, bajo el cual habrá algunos asientos; en el centro un árbol, su ramaje completamente seco.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y MARÍA.

MAR. Querida Elena, desahoga en el pecho de tu amiga el pesar que oprime tu corazon. ¡Tú tan alegre y bulliciosa hace dos meses, hoy triste y pensativa? Esplícate, Elena, ¿no tienes confianza ya en mi amistad? ¿Cuál es la causa de tu pesar? Sé que está mejor tu padre....

ELEN. Sí; despues de dos meses de crueles padecimientos, el mal ha ido en decadencia; mas no contenta la suerte, nos reservaba otro golpe terrible: ¡Las quintas, ese azote de las familias, acaban de arrebatarme mi único hermano! ¡Faltándonos Enrique, mi padre enfermo y sin otro recurso que su trabajo, mi madre anciana y sin fuerzas! ¡Que será de nosotros, Dios mio!

MAR. Vamos, ¡alza la frente y alegra el corazon! Dios, que no abandona jamás á sus criaturas, por mi

mano te ofrece hoy con el sustento de tu familia la tranquilidad.

ELEN. ¿Qué me dices? ¿Será verdad? ¡Ah! dí lo que debo hacer, María, dílo. ¡La vida sacrificaría gustosa en cambio de su felicidad!

MAR. ¿Te acuerdas de la condesa del Tajo, aquella señora anciana que visitaba á menudo á nuestra directora y que tantas deferencias me mostraba?

ELEN. Sí.

MAR. Pues desea tener á su lado una jóven que le haga compañía, y vengo en su nombre á proponerte tan ventajoso acomodo....

ELEN. ¿Y tú?

MAR. ¿Olvidas que, desde la muerte de mi madre estoy en calidad de haya en casa de una hermana de la condesa?

ELEN. Es verdad.

MAR. ¿Aceptas?

ELEN. ¡Cómo pagarte el bien que acabas de hacerme!

MAR. Con un abrazo.

ELEN. *(Abrazándola.)* ¡Querida amiga!

MAR. ¡Ay, qué loca soy!.... ya me olvidaba..... ¿A que no adivinas lo que traigo para tí?

ELEN. Nó....

MAR. *(Con zalamería.)* Ayer he visto á Ricardo.

ELEN. ¿A Ricardo?... ¿Qué te ha dicho?... ¿Está bueno?... ¿Me ha escrito?... *(Con rapidéz.)*

MAR. ¡Jesús! ¡Jesús! Sí; está bueno y me ha dado esta carta....

ELEN. *(Con alegría.)* ¡Ah! *(Lee para sí.)* ¡Dios mio! *(Aterrada.)*

MAR. *(Sobresaltada.)* ¿Qué sucede?

ELEN. *(Dando la carta á María.)* ¡Se aleja!... ¡Ay amiga mia, eso sólo me faltaba!

MAR. *(Lee.)* «Mi adorada Elena: Con dolor profundo te manifiesto que dentro de breves dias parto para Cádiz. El batallon á que pertenezco se une con los que deben marchar á combatir la insurreccion cubana. Mañana iré á despedirme de tí. Sé que tu amor es grande; lleva ese consuelo mi corazon. Si la muerte corta el hilo de mi existencia, la última palabra que pronuncien mis lábios será tu nombre; el último suspiro que exhale mi pecho

será para tí. Hasta la vista. Tu Ricardo.» *(Devuelve la carta.)*

ELEN. ¡Morir... morir cuando tanto le amo! *(En tono de conviccion.)* ¡Tú no lo permitirás, Dios mio!

DERV. *(Dentro.)* Apóyese usted en mí, señor Pedro.

ELEN. ¡Shs.. Silencio! Mi padre viene. *(Oculta la carta.)*

ESCENA II.

Dichas, PEDRO y DERVAL.—El primero trae en la mano derecha una muleta y con la izquierda se apoya en el hombro de Derval.

PED. Gracias, Derval. El cielo premie á usted las atenciones que me dispensa á cada hora. Hija mia, saluda á Derval. ¡Señorita María, usted por mi casa?

MAR. He tenido el placer de saber que se halla usted mejor.

PED. Sí, merced á las finas atenciones de este amigo y de mi buena hija...

ELEN. *(Interrumpiéndole y acercando un banco que ofrece á su padre.)* Padre mio, está usted débil...

PED. Nó, gracias. Voy á dar un paseo, así haré un poco de ejercicio. Con permiso de usted, María.... *(A Elena.)* Pronto daremos la vuelta. *(Vánse Pedro y Derval. Derecha arriba.)*

ESCENA III.

ELENA y MARÍA.

MAR. ¿Quién es ese señor que acompaña á tu padre?

ELEN. El administrador de las fincas del Conde del Junco.

MAR. *(Recordando.)* ¡El Conde del Junco...! ¿El amigo de nuestra directora?... Aquel calavera....

ELEN. El mismo.

MAR. Por cierto que estaba locamente enamorado de tí. Hay más de un año que no le veo.

ELEN. Yo sí. Hace cuatro dias, paseando por estos campos, me alejé distraidamente hasta muy cerca de su quinta, que es aquella que se divisa desde aquí; y al volver una encrucijada de árboles nos encontramos sin poderlo remediar.

MAR. Y no supo nunca que vivieses tan cerca de su casa?

ELEN. Nó, pues rara vez se le vé en la quinta.

MAR. ¡Por supuesto!: por segunda vez te declararía su....

ELEN. Sí; mas amo á Ricardo y por todos los tesoros de la tierra no lo olvidaria.

MAR. Haces bien. ¿Y el otro? ¿El Sr. Derval?

ELEN. Otro enamorado.

MAR. ¡Já, já, já! ¿De veras?

ELEN. Pero el amor de este hombre me infunde miedo. La primera vez que le ví me causó desagradable impresion... Encuentro en sus facciones un *no sé qué* de maldad é hipocresía... Seré injusta quizás... mas mi corazon ha sido siempre muy leal. El dia en que te conocí me atrajo hácia tí tal simpatía, que al cabo de una hora te amaba tanto como hoy.

MAR. *(Abrazándola.)* ¡Cuán buena eres! pero vamos á estarnos aquí todo el dia? Ven, quiero distraer tu tristeza. Darémos un paseo y me mostrarás tu pequeño jardin. ¡Supongo que no has distraido tu aficion á las flores!...

ELEN. Vamos. *(Vanse izquierda arriba; salen derecha arriba Pedro y Derval y se sientan primer término izquierda.)*

ESCENA IV.

PEDRO y DERVAL.

PED. *(Sentándose.)* ¡Ay...! ¡No puedo dar dos pasos sin fatigarme!

DERV. Es natural; acaba usted de sufrir una grave enfermedad, y hasta no recuperar por completo las fuerzas...

PED. ¡Ay, amigo mio! No abrigo tal esperanza. ¡Mi edad no puede resistir á mis males!

DERV. No desmaye usted; esa debilidad irá desapareciendo poco á poco.

PED. Por mí no siento dejar esta vida.... más por mi buena Magdalena... por mi hija...

DERV. ¡Por su esposa de usted!.. ¡Por Elena!.. ¿Pues qué,

acaso ni ellas ni usted carecereis de nada una vez yo esposo de su hija de usted? ¿No será dueña de cuanto poseo? Digna es por su belleza no de un mísero caudal... ¡De una corona!

PED. Mucha honra cabe en ello á mi hija, amigo mio. Cuando venga la haré presente los deseos de usted, y si ella fuere gustosa...

DERV. (*Ap.*) Lo será. (*Alto.*) Me retiro por cortos instantes. ¿Quiere usted la diga...

PED. Sí, que deseo hablarla.

DERV. Hasta luego. (*Ap.*) Será mia ó puedo poco... (*Váse izquierda arriba.*)

ESCENA V.

PEDRO; á poco ELENA.

PED. (*Permanecerá por un momento en actitud pensativa y dice como contestando á un pensamiento.*) ¿Y si muero... qué será de ellas! ¿Qué será de mi Elena, niña angelical espuesta á los engaños y perfidias del mundo, sin un brazo amigo que la defienda... y aun así... ¡oh! este recuerdo agolpa la sangre á mi corazon!... ¡Pobre madre mia!... desde el cielo ves que no he podido lavar nuestra honra mancillada, pues no vive el vil seductor de tu hija... (*Sale Elena.*) ¡Oh, Adolfo del Vallar, ¿Por qué no te arrojó la suerte en mi camino...

ELEN. (*Ap.*) ¡Qué escucho!

PED. Dejemos un recuerdo que me martiriza. Por fortuna Elena será esposa de Derval y ya puedo morir tranquilo.

ELEN. (*Ap.*) ¡Dios mio!

PED. (*Viendo á Elena.*) ¡Ah!...

ESCENA VI.

PEDRO y ELENA; á poco DERVAL.

ELEN. Me ha dicho el señor Derval que desea usted hablarme...

PED. Sí, hija mia, siéntate y escúchame con atencion... Ante todo te advierto que cuanto voy á decir queda anulado si sacrifico tu voluntad.

ELEN. Ya escucho, padre mio.

PED. *(Despues de una páusa)* Hija mia: pronto quedarás sin el débil apoyo de este anciano.

ELEN. ¡Deseche usted tan tristes ideas!...

PED. Soy ya viejo; tengo cincuenta y cinco años y á esta edad no vive el hombre de ilusiones; mis dias están contados. Siempre he pedido á Dios que, en el amargo trance de la muerte, me vea rodeado de mis mas dulces afecciones: mi fiel Magdalena y mis queridos hijos... Enrique nos ha abandonado...

ELEN. ¿Y no se yo, por ventura, trabajar? Soy jóven y gracias á los contínuos desvelos de usted, he adquirid oconocimientos, que pueden proporcionarme el sustento de los séres mas caros para mí.

PED. ¡Ven á mis brazos, hija mia!...

ELEN. ¡Padre querido!... *(Le abraza y Pedro la contempla un momento con amor.)*

PED. ¡Y tener que abandonarte algun dia para siempre!...

ELEN. ¡Padre!... *(Dulce reconvencion.)*

PED. Aunque hay placer en vivir cuando somos viejos, y miramos á los demás gozar de la existencia, no temo la muerte; pero me hace amar la vida la idea de dejarte sin pan; esta idea pesa sobre mi pecho, me preocupa y aleja de mis párpados el sueño. Pero el cielo, hija mia, me ha enviado un ángel bueno, que dulcifique mis pesares: Derval me ha pedido tu mano.

ELEN. *(Ap.)* ¡Ah!

PED. Peticion que me halagó en estremo, pues una vez casada... *(Aparece Derval.)* ¡Apropósito! Adelante, amigo mio. Acabo de hacer presente á mi hija las pretensiones de usted. De sus propios lábios oirá usted la contestacion.

ELEN. *(Ap.)* ¿Por qué me aterra la mirada de este hombre?

DERV. Aguardo, señorita, mi sentencia.

ELEN. *(Ap)* ¡Valor! *(Alto.)* Padre mio: el señor Derval ha tenido para con usted grandes consideraciones durante su enfermedad, y yo, agradecida, le brindo con mi eterna amistad.

PED. *(Páusa.)* ¿Nada más tienes que añadir?

ELEN. (*Ap.*) ¿Por qué temo? (*Alto.*) Yo no sé mentir, padre mio: me dijo usted hace poco que me dejaba el libre albedrio... pues bien; no amo al señor Derval. El amor, en la mujer honrada, es un grato sentimiento del alma que brota de nuestro corazon puro y espansivo como brota el agua de un manantial; es el aroma de nuestra juventud; la esperanza halagüeña, que embarga nuestros sentidos rodeándonos de una luciente aureola de arrobadora felicidad. No bien se abrieron mis ojos á la luz de la razon, tendieron á mi alrededor la primer mirada de amor, puro, sin galas ni aliño; amor que iba aumentando de dia en dia, y cuando alguna vez me preguntaba á mí misma: «Este dulce encanto que absorve mi alma entera, ¿quién le aviva? ¿A quién consagro esta pasion?» Una voz dulce y sentida susurraba en mis oidos: «Solo á tu padre, único ser que comprende tu cariño.»

PED. ¡Hija de mi alma!

ELEN. Cumplí veinte años: mi amor sintió estrecho el círculo del hogar paterno, y pugnaba por desplegar sus tiernas álas y lanzarse á un espacio desconocido, respirar otro ambiente, y sin darme cuenta de ello, un hombre se llevó tras sí la paz de mi alma, que al unirse á la suya en amantes lazos, compartió mi amor entre él y usted, dividiendo en dos mi pobre corazon.

DERV. (*Ap.*) ¡Qué he escuchado!

ELEN. Fuí correspondida con cariño tan grande, tan puro como el mio. ¡Feliz, muy feliz me veria en los brazos del hombre que adoro! Así, pues, señor Derval, no pudiendo amar á usted, esta es la mano de la amiga; mi corazon tiene otro dueño.

DERV. (*Ap.*) Haber sacrificado mi oro para esto!... ¡Jamás! (*Bajo á Elena.*) Elena: ó tu amor ó la miseria para tus padres.

ELEN. (*Ap.*) ¡Dios mio!

PED. (*Con aire pensativo.*) ¿Cómo se llama el hombre á quien amas?

ELEN. Ricardo del Vallar.

PED. (*Como herido del rayo.*) ¿Qué has dicho? ¡Del Vallar!... ¡Nunca! ¡Ese hombre tu esposo! ¿Sabes quien fué su padre? ¡Oh! mil veces muerta ántes

que verte unida al hijo del vil seductor de mi hermana.

ELEN. ¡Qué oigo!

PED. Sí; de la hermana de su mejor amigo, que sobre sus hombros le llevó herido y moribundo y le albergó en su casa cuidándole como á un hijo. ¿Y qué pago dió á tan señalado servicio? Convertir en teatro de desolacion y llanto una casa tranquila, llevándose con el honor de la hija la vida de la madre.

ELEN. ¡Perdon para él!

PED. Derval: Desde hoy mire usted en Elena á su prometida...

DERV. (*Ap.*) ¡Triunfé!

ELEN. ¡Ah, no, no, padre mio! ¡Perdon, perdon! Ignoraba quien fué el autor de tanta desventura! ¡Acaso el infeliz Ricardo lo ignora tambien...! y además: ¿Qué culpa tiene el hijo de las faltas del padre?

PED. ¡No le nombres! ¡Borra del pensamiento tan odioso recuerdo!

ELEN. Máteme usted, pero perdone á Ricardo.

PED. ¡Jamás, jamás! Vamos, Derval. ¡Pronto Elena será su esposa!

ELEN. ¡Padre, piedad!

PED. ¡Nunca!

ELEN. ¡Ah! (*Vásen Pedro y Derval por la izquierda.*)

ESCENA VII.

ELENA, á poco EL CONDE, en trage de caza.

ELEN. ¡Yo la esposa de un hombre á quien no amo, á quien no podré amar jamás!... ¡Renunciar á Ricardo! ¡Al hombre que llena mi corazon de vida y amor! ¡Oh, este enlace no puede llevarse á efecto!... No se verificará. (*Se dirige al foro y retrocede al ver al conde.*) ¡Ah!

COND. (*Ap.*) Está sola. (*Interponiéndose.*) Elena, no se aleje usted. Conceda, por Dios, un instante á quien de amor se muere por usted hace un año!

ELEN. (*Ap.*) ¡Otra vez este hombre! (*Alto.*) Señor Conde, suplico á usted, que olvide sus pretensiones res-

pecto á mí y disimule si me retiro...

COND. No se aleje usted sin escucharme aunque sea por la última vez.

ELEN. (*Con entereza.*) Ya dije á usted que no podia corresponder á su amor, porque no era dueña de mi corazon. Con su permiso... (*Dirigiéndose al foro.*)

COND. (*Interponiéndose.*) ¡Oh! ¡No se aleje usted, Elena!

ELEN. (*Indignada.*) ¡Caballero!

COND. ¡Es usted demasiado hermosa!... Desde el dia en que quiso mi buena estrella que viera á usted por primera vez, su imágen quedó grabada en mi corazon. Y quisiera reparar lo que la suerte no ha hecho; quisiera trasplantar esa flor que la naturaleza ha tenido á bien formar sin sufrir que nadie la vea y la aspire. ¡Quisiera hallar algo que solo usted pudiera poseer... quisiera... coronarla de estrellas!

ELEN. (*Despues de contemplarle un momento con desden.*) ¿Ha concluido usted, señor Conde?

COND. ¿Qué me responde usted?

ELEN. Esas frases, caballero, no merecen contestacion. (*Se dirije al foro y el conde la detiene.*)

COND. No me ha comprendido usted, Elena; no he querido comprar un amor, que los tesoros de la tierra no bastarian á pagar. Brindo á usted pasion por pasion. Aunque fuera usted rica y yo pobre la amaría y no vacilaría en confesarlo... Dígame usted al ménos que no la ofende mi amor, que no la inspiro ódio.

ELEN. Señor Conde: no ódio á usted; mi corazon desconoce ese sentimiento; pero tampoco acepto vuestro amor. Nada mas tengo que añadir, caballero. (*Hace un movimiento para dirijirse al foro, el Conde la detiene.*)

COND. ¡Elena, una sola palabra!

MAR. (*Dentro.*) ¡Elena!

ELEN. ¡La voz de María! ¡Señor Conde; retírese usted, yo se lo ruego!

COND. Elena: un solo instante... un instante nada mas... despues ódieme usted si así lo quiere...

MAR. (*Dentro.*) ¡Elena!

COND. (*Queriendo tomarle las manos*) ¡Un momento!

ELEN. ¡Atrás, caballero! No desmienta usted al menos el nombre que lleva. (*Váse por el foro.)*

COND. (*Sigue á Elena con la vista.*) ¡Oh! ¡Cuánto poseo diera gustoso por llamar mia esa preciosa mujer! (*Oyese un tiro y en seguida la voz de Luis.*)

LUIS. (*Dentro.*) ¡Bravo, Ricardo, bien!

COND. Gente se acerca; retirémonos. Volveré. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

RICARDO y LUIS, en trage de cazadores, el segundo traerá un conejo muerto en la mano.

LUIS. ¡Bien, Ricardo, bien! Es preciso no abandonarse á la menor distraccion. ¿Te parece hora de partir?

RIC. Concibo tu prisa; pero como yo no he venido á estos sitios por el solo placer de la caza, ten paciencia y aguarda unos instantes.

LUIS. Haré lo que gustes: Tú siempre concluyes por tener razon. (*Saca algunas provisiones y se sienta en el banco de la derecha. Ricardo queda pensativo; Luis le mira á hurtadillas.*) ¿Gustas?

RIC. Gracias.

LUIS. (*Ap.*) Este cree que me mamo el dedo. (*Alto*) Oye Ricardo, con franqueza: Tú no vienes aquí á cazar sino á ver á Elena la hermosa colegiala....

RIC. Así es la verdad.

LUIS. Vámos, ya veo que me habia engañado; he creido que pensabas ocultármelo.

RIC. No, querido Luis, y hoy mas que nunca debo depositar en tí mi confianza, pues al ausentarme quizás para siempre, la dejo un hermano que la proteja si algun dia queda sola en el mundo.

LUIS. Tú te olvidas, sin duda, que me ha cabido tu misma suerte; que partimos juntos.

RIC. ¡Ah! ¡Tienes razon! ¡No tendrá á su lado un fiel amigo que la hable de su Ricardo!

LUIS. (*Le mira con estrañeza burlona.*) ¡No te conozco! Eres tú el hombre, que en cada muger creia ver un negro abismo en cuyo fondo se figuraba la soledad y el infortunio?

RIC. Es verdad que antes de aquel dia de caza en estos mismos sitios donde conocí á Elena, creia que la

muger, esa preciosa obra del Criador, no habia nacido para mí; pero desde que ví á Elena me agitaron nuevas ideas; el alma me habló un lenguaje sin palabras, un lenguaje que á poder traducirlo mostraría elocuentemente el tesoro de amor que encierra mi corazon.

LUIS. ¡Já, já, já!

RIC. ¿Te burlas? Si yo pudiera con palabras pintar cosas celestes, respetarías como yo lo que te hace sonreir. (*Le toma de la mano.*) Mira, ¿Ves este árbol de ramas desnudas, negras, muertas? ¡He ahí lo que tú eres! ¡He ahí lo que yo era! Represéntate ese mismo árbol, vivo, cubierto de tiernas hojas, de olorosas flores. ¡He ahí lo que he venido á ser!

LUIS. ¡Já, já! ¡Perfectamente! Todo eso es muy bonito; pero te olvidas del objeto de tu venida. ¿Cuáles son tus ideas?

RIC. No lo sé.

LUIS. Quedamos enterados.

RIC. Me hallo, amigo mio, en una situacion muy embarazosa. Comunicar mi amor al padre de Elena es una locura, pues tengo el convencimiento de que jamás consentirá en dármela por esposa.

LUIS. ¿Por qué?

RIC. Lo único que puedo decirte es que en la vida de mi padre hubo algo triste relacionado con el de Elena. Dos dias ántes de morir mi padre me llamó y me dijo: «Hijo mio: Existe un hombre á quien he deshonrado. Sea sagrado para tí si algun dia os coloca el destino frente á frente y te pide cuenta de su honor. Ese hombre se llama Pedro Carreras.» Ya amaba á Elena y no me atreví á confesarlo á mi padre. Quise olvidarla; pero solo he conseguido amarla mucho mas.

LUIS. Mal giro toman las cosas, chico... ¡Me ocurre una idea!

RIC. Habla.

LUIS. Es el único medio de salvar la situacion. Roba á tu amada. Aun permaneceremos en Madrid algunos dias, te casas y *Laus Deo.*

RIC. Despues de lo que acabo de decirte me crees capaz de semejante accion?

LUIS. ¿Si? Pues déjame tranquilo.

RIC. Pero lo que me propones es faltar al honor, al deber de un caballero.

LUIS. ¿Al honor, eh? ¡Al deber! En este siglo, amigo Ricardo, no se conocen esas palabrejas.., ¡Calla!.. si no me engaño aquí se acerca tu Dulcinea! (*Ricardo se dirije al fondo.*) No seas necio, si te casas con ella nada tendrá que tachar tu buen padre desde el cielo.

ESCENA IX.

Dichos, ELENA y MARÍA.

ELEN. ¡Ricardo!

RIC. ¡Elena mia!

LUIS. ¡Señorita María!... (*Dándole la mano.*)

MAR. ¡Don Luis! (*María y Luis hablan aparte con bastante animacion, señalando á menudo hácia Elena y Ricardo.*)

RIC. ¿Qué tienes, vida mia? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Acaso las causa nuestra separacion? Dudas de mi constancia?

ELEN. ¡Dudar! No, Ricardo, te amo mucho para creer que mi cariño fuese mal correspondido.

LUIS. No hay quien me haga retroceder.

MAR. (*Ap.*) Lo veremos. (*Alto.*) Dejemos á los amantes hablar de su amor y continuemos nosotros nuestra polémica...

LUIS. A la sombra de un árbol... bajo los ardientes rayos del sol... A la tibia luz de la luna... ¡Já, já, ja!

MAR. ¡Jesús! ¡Cuántos disparates! (*Ap.*) Ya te haré creer en el amor.

LUIS. (*Ap.*) Hé aquí una mujer que tiene gancho. (*Vánse, foro.*)

(*Durante el anterior aparte, Elena se acercará á la puerta izquierda y aplica el oido.*)

ESCENA ÚLTIMA.

ELENA y RICARDO.

RIC. ¡Elena mia! ¿Qué misterio es ese? ¿Acaso nos amaga otra nueva desgracia?

ELEN. ¿Por qué la suerte te aparta de mi lado cuando puedes perderme para siempre!

RIC. ¡Qué dices!... ¡Perderte Elena... perderte! Tu padre acaso...

ELEN. Hoy he tenido que confesarle nuestro amor, porque quiere unirme á otro.

RIC. ¡Casarte!

ELEN. No bien pronuncié tu nombre estalló en ira y maldiciones contra tí.

RIC. ¡Contra mí! *(Ap.)* ¡Ah, no me engañaba!

ELEN. Un hombre deshonró á una hermana de mi padre y fué el tuyo, Ricardo.

RIC. Pero tú, Elena, ¿qué dices? Quiero saber si ha variado tu amor, si es el hijo para tí como su padre para el tuyo. ¿Has prometido olvidarme? ¿Casarte con ese hombre?... Elena, sácame de esta cruel incertidumbre.

ELEN. No, tu amor vive entero en mi corazon. Solo tú serás dueño de mi mano. ¡Mil veces la muerte ántes que esposa de ese hombre odioso!

RIC. Pero, ¿quién es el insensato que quiere arrebatarte á mis brazos. Dime, dime su nombre para arrancarle el corazon!

ELEN. No, Ricardo mio. ¿No te basta saber que te amo, que arrostraré la ira de mi padre ántes que consentir en ese enlace?

RIC. ¿Y qué puedes hacer para evitarlo? Yo parto dentro de pocos dias y quedarás sola, sin el escudo de mi amor, sin la ayuda de mi brazo... Eres débil como muger... Hija obediente y respetuosa... y sacrificarás tu dicha y la mia al cariño paternal.

ELEN. ¡Oh!.. no lo creas, no lo creas, Ricardo.

RIC. Sí, Elena mia, sí.

ELEN. Te lo repito: ¡Tuya ó de nadie!

RIC. Hablas, cegada en estos momentos por la pasion; pero no bien haya yo partido cederás á los ruegos de tu padre, consentirás en todo y.... no quiero pensarlo!

ELEN. ¡Jamás!

RIC. *(Páusa.)* Solo hay un medio para conjurar la...

ELEN. Dilo.

RIC. Exije de tí un sacrificio.

ELEN. Habla, á todo estoy dispuesta.

RIC. Huye conmigo á Madrid. Una vez allí nos casamos y cuando vea tu padre que no hay remedio nos perdonará.

ELEN. ¿Qué me propones? Mi madre se moriria de dolor.

RIC. Nunca te hubiera hecho esta proposicion, pero te quieren arrebatar á mi cariño. Resuelve, pues, Elena. Si me amas, si no soy para tí un sér indiferente, si nó quieres que muera de dolor y celos de tí, colma mi felicidad. Una vez mi esposa ya puedo partir tranquilo henchida el alma de amor. No perdamos momento. Cerca de aquí tengo los caballos....

ELEN. ¡Ricardo... Ricardo!... *(Suplicante.)*

RIC. ¡Vamos en busca de la felicidad!

ELEN. ¡Ricardo... mi madre se muere... mi padre me maldeciria.

RIC. ¿Y es ese el amor ardiente que tanto me jurabas? Solos unos dias hariamos sufrir á tus padres.... luego nuestra dicha seria inmensa.... y dudas..., y dices que me amas!... ¡Nunca has sentido verdadero amor!... Adios....

ELEN. *(Arrojándose en sus brazos.)* No, no te vayas, Ricardo mio... ¡Ten compasion de mí!...

RIC. ¡Dios quiera que no te arrepientas cuando dés tu mano de esposa... ¡Adios!

ELEN. ¡Ricardo!... *(Suplicante.)*

PED. (*Dentro.)* ¡Elena!... ¿Dónde estás?

ELEN. ¡La voz de mi padre! Vete, Ricardo, vete; ¡por tu madre!

RIC. Adios... *(se dirige al foro, Elena le detiene).*

ELEN. ¡Oh! ¡nó, nó Ricardo! ¡Júrame que no me olvidas!

RIC. Si me amas como dices... te aguardo detrás de la huerta... si no... nunca me volverás á ver...

ELEN. ¡Ah!

PED. (*Dentro mas cerca.*) ¡Elena!

ELEN. ¡Ricardo, mi madre se muere!...

PED. *(Dentro)* ¿Dónde estás?

RIC. ¡Tu padre vá á salir... Elena... luego es tarde...!

PED. ¡Elena! *(Dentro mas cerca).*

ELEN. ¡Partiré! *(Se desprende de los brazos de Ricardo y entra en la casa),*

RIC. ¡Padre mio!... Es mi amor mayor que mi voluntad! *(Váse por el foro.)*

ACTO SEGUNDO.

LA VÍRGEN DE LA SOLEDAD.

El teatro representa el piso bajo de un hospital. La escena se divide en tres partes formadas por tres galerias columnarias en direccion al foro. La galeria del centro se estiende hasta el tercer término de donde empieza una escalera, que conduce á la parte que figura piso alto. Este debe tener fachada al público con cristales de colores y puerta al medio que da paso á una capilla profusamente iluminada, donde se vé á su tiempo la imágen de la virgen de la Soledad sobre unas andas. En las galerias laterales hasta el foro camas cubiertas con cortinajes. Una butaca junto á la primera cama de la izquierda. Mesa con recado de escribir ó velador.

ESCENA PRIMERA.

ELENA sentada en la butaca dormitando, MARIA y la hermana ANTONIA.

MAR. Sí, señora, muy desgraciada, sin más amparo que el de esta débil amiga y compañera, que nada puede hacer ya por ella; todos mis recursos se han agotado. Mientras tuve trabajo pude atender á su enfermedad; pero, ya, señora, nada me resta.

ANT. ¿Y en qué se ocupaban ustedes?

MAR. Somos modistas; pero últimamente iluminábamos estampas.

ELÈN. ¡Ricardo!

ANT. Ha despertado. (*Acercándose á ella.*) Nó, delira. Desde que llegó esta mañana no ha cesado de pronunciar ese nombre, y oprimiéndose el pecho convulsivamente llama á su madre. Esta infeliz debe tener el corazon lacerado!

MAR. No se engaña usted. Ese Ricardo es oficial de ejército y se encuentra un año há en la Isla de Cuba. Se amaban con delirio, mas una negra nube vino á empañar el claro horizonte de su ventura. Existe un hombre que se enamoró de su belleza angelical, y la pidió en matrimonio á su padre; más ella rehusó declarando que amaba á otro; pero no bien hubo pronunciado el nombre de su amante, que juró su padre no consentir en semejante union.

ANT. Entónces...

MAR. Lo abandonó todo por seguir al hombre que amaba, quien debiendo partir de España dentro de breves dias, la propuso la fuga con la idea de unirse á ella ántes de emprender el viaje; pero no bien llegaron á Madrid recibió la órden de partir inmediatamente y todo quedó paralizado; mas ella no faltó ni faltará jamás á sus deberes.

ANT. ¿Y por qué no volvió al lado de su familia? ¿Cree usted que no la hubiesen perdonado la primera falta conservando limpia y pura su honra?

MAR. Y aunque lograse convencer á su padre... ¿cómo probaria lo mismo ante la sociedad? No se atrevió volver á la casa que habia abandonado, y ha vivido hasta aquí ignorada de todo el mundo.

ANT. ¡Mucho debe sufrir esta infeliz!

MAR. Sí, señora. Su sensible corazon no pudo soportar por más tiempo tantos y tan encontrados golpes. Se colocó en casa de una noble señora, la que murió repentinamente á los pocos dias... en fin, nos hallamos una y otra sin trabajo ni recursos y ménos esperanzas!... lo demás ya lo sabe usted. ¡Triste será el desenlace!... ¡Una muerte quizás cercana y en un hospital!... ¡Pobre amiga mia!

ANT. No desconfie usted de la bondad divina.... Por haber llegado hoy, dia de la santa Patrona de esta casa, goza del privilegio de una sala particular, donde, como en todas las demás, recibirá la visita de la Santísima madre de Dios. El Todopoderoso, hija mia, no desampara jamás á sus criaturas; y si en el inmenso piélago de las pasiones en que las envuelve para probar su fé, se conservan dignas de su amor, tarde ó temprano hallarán

premio á sus desventuras ó castigo á sus faltas; segun que se hayan ó no descarriado de la escabrosa senda del deber y de la virtud. Vea usted un ejemplo en la infeliz anciana que ocupa aquella cama. Ha tenido una vida oscura y borrascosa; huyó tambien de la casa paterna por seguir á un amante; pero tomó la senda más agradable á los sentidos y se entregó sin reflexionar al vicio. Unas veces lamenta sus desgracias juveniles; otras blasfema de la Divinidad porque no alivia los padecimientos que le ha acarreado su desordenada vida.

ELEN. *(Despertando.)* ¡Ay!

ANT. ¿Quiere usted algo, hija mia?

ELEN. Gracias.

ANT. Aquí está su amiga...

MAR. Sí, hermana mia, yo que te amo como siempre.

ELEN. ¡Qué buena eres, María!

ANT. Dejo á ustedes, pues tengo que acompañar al médico á la visita...

MAR. Gracias, señora.

ANT. Hasta luego. *(Váse, puerta derecha.)*

ESCENA II.

DICHAS ménos ANTONIA.

ELEN. María, ¿ha escrito mi padre?

MAR. Aun nó.

ELEN. ¡Nó!... ¡Siempre esa palabra!... ¡Morir sin saber si me ha perdonado! ¡Cuán desgraciada soy!

MAR. No te fatigues, querida Elena, piensa solamente en tu salud.

ELEN. Ahora me hallo más tranquila, pues ya no te soy una carga pesada.

MAR. ¡Eres injusta, Elena!

ELEN. Perdona, amiga amia, no he querido ofenderte; pero es la verdad que mi enfermedad te quitaba el sueño; no tenias tiempo de pensar en tí, de buscar trabajo. Hoy que puedes hacerlo, estoy tranquila... Antes de tu entrar, soñaba... soñaba que los rosales plantados por mi hermano Enrique estaban cubiertos de flores, y que sentada

con él bajo el almendro que está frente á nuestra casa, nos entreteníamos en tejer hermosas guirnaldas, y me decia al colocar una en mi frente: «Otra igual he de tejer por mis propias manos para el dia de tu boda.» ¡Ay! ¡Pobre hermano mio! ¡no llegará ese feliz momento! La muerte te privará ántes de tu querida Elena!...

MAR. ¿Quieres hacerme llorar? ¡Deja, por Dios, tan tristes presentimientos!...

ELEN. ¡Morir tan jóven!... ¡Sin haber vivido!... ¿No me ha escrito Ricardo?

MAR. *(Turbada.)* Nó...

ELEN. ¡Nada!... ¡El tambien me olvida!... ¡Pobre corazon mio, como le despedaza el infortunio!... ¿Habrá muerto Ricardo, María?

MAR. *(Ap.)* ¡Jesus! (*Alto*) Elena... divagas... Esos pensamientos...

ELEN. ¿No quieres que piense en él si le adoro! Si comprendieras cuanto sufro al abrir los ojos y solo hallar la soledad... el silencio... ¡No ver mas que esa hilera de camas depositarias de otras tantas infortunadas!... ¡Si al ménos tuviera á mi lado á los séres idolatrados de mi alma!... ¡Si mis pálidos lábios tocasen otros lábios llenos de amor!...

MAR. ¡Elena... querida Elena... que sufro horriblemente!

ELEN. Deja este triste desahogo á mi pobre corazon, que pronto habrá cesado de latir sin que una mano le preste su calor y le dé un postrimer adios!.. ¡No tener un padre, una madre que reciba mi última palabra! ¡Nadie para ayudarme á morir... para conducirme á las puertas de la vida eterna!... ¡Nadie para hablarme de la esperanza de otra existencia! ¡Sola!... ¡Sola en el mundo!... *(Déjase caer desfallecida. María la contempla un momento con gran interés. Salen por la puerta derecha varias hermanas de la Caridad y caballeros de la Hermandad de la Virgen de la Soledad y suben en órden á la Capilla; páusa.)*

MAR. ¡Pobre Elena!... ¡Pobre amiga mia!... ¡Pobre flor, apénas abierto tu cáliz al sol y esparcido tus suaves olores cuando la despiadada planta del hombre te pisotea!... ¡Nadie verá los brillantes

colores de tu pétalo!... ¡Nadie aspirará tu grato aroma!... ¡Belleza perdida!... ¡perfume perdido!... *(La contempla un momento)*. Dejémosla descansar. *(Váse.)*

ESCENA III.

LENA; á poco el DOCTOR y ANTONIA.

ELEN. ¡María!... ¡Se ha ido!...
ANT. *(Entrando)*. Pase usted, doctor.
DOC. Gracias, Antonia. *(Se dirige á la cama de la derecha.)* ¡Nada!. . Dejarla tranquila... poco la resta de vida. Veamos que tal se encuentra esa señorita...
ANT. Mal, Doctor.
DOC. Mucho me engaño ó la enfermedad de esa jóven, segun por lo que he visto esta mañana, tiene su causa en la parte moral más que en la física. Es preciso procurarla distracciones; si no se halla bien en esta sala que se la traslade á una particular.
ANT. Hoy es la festividad de nuestra patrona la Vírgen de la Soledad, y segun las instituciones de esta casa, habiendo ingresado en este dia...
DOC. Es verdad...
ANT. Solo aguardo que usted designe...
DOC. El número diez, cuyas ventanas dan al jardin.... Acompáñela usted á su nueva habitacion, yo iré en seguida.
ANT. Venga usted, hija mia, y ocupará desde ahora una sala independiente de las demás.
ELEN. *(Que ha permanecido sumida en profunda reflexion.)* Gracias...
DOC. Que se la permita andar por donde quiera. *(Vánse Elena y Antonia, puerta izquierda.)*

ESCENA IV.

El DOCTOR; BRÍGIDA luego; el CONDE y LUIS. (Puerta derecha.)

BRIG. Doctor, dos caballeros preguntan por usted.
DOC. Que pasen al gabinete de consultas.

Con. (*Saliendo*). Ya estamos aquí. (*Váse Brígida.*)

Luis. ¡Amigo Galeno!... (*Viste uniforme de oficial de infantería.*)

Doc. ¡Señor conde! ¡Luis! ¿tú por aquí? ¿Te ha cansado ya la guerra?

Luis. Eso pregunta usted á un soldado español? A causa de una herida que recibí en una accion y del maldito clima de aquel país, me ví á las puertas de la muerte... Pedí licencia para recuperar mi perdida salud en nuestra hermosa pátria.

Doc. Siento mucho tus padecimientos y celebro tu regreso. ¿Y... respecto á ideas matrimoniales...

Luis. El mismo. *¡Va de retro!* ¡La muger es imágen de Satanás!

Doc. Quizás llegue un dia en que consideres una locura tus presentes ideas sobre el amor.

Luis. Dudo encontrar una muger como mi mente la ha formado...

Doc. ¡Tal será!...

Luis. Yo amaria á una muger que me sacrificára todas sus afecciones, pues estaria celoso hasta del placer que ella esperimentase al aspirar el perfume de una flor. Solamente entónces creo en el amor de la muger.

Con. Pues yo, amigo mio, no pido á la muger más que lo que realmente puede dar: afeccion y placeres. Es todo cuanto amo en ella. No pido otra cosa porque es casi imposible. El amor es un mito.

Luis. ¡Ven acá, tú eres un héroe! ¡Vámonos chico! mira la cara de nuestro amigo el Doctor... ¡já, já, já! En el jardin aguardamos.

Con. Hemos venido en tu busca, creyendo hubieses ya concluido, para que nos acompañes á la mesa.... hoy comemos en el campo.

Doc. Ya os sigo. (*Vánse el Conde y Luis; pero el primero sale el último, dando lugar al principio de la siguiente escena.*)

ESCENA V.

DOCTOR, CONDE, ELENA y ANTONIA.

ELEN. *(Ap.)* Me pareció haber oido la voz de Luis.... ¡Ah! ¡El conde del Junco!

COND. *(Ap.)* Elena aquí! ¡Oh, la casualidad favorece mis planes!.. Nada nos dijo María... Volveré. (*Váse.*)

ELEN. Doctor... ¿Un caballero que hablaba aquí hace poco...

DOC. Don Luis Rivera. ¿Le conoce usted?

ELEN. Nó... le equivoqué... (*El doctor escribe.*) (*Ap.*) No quiero que me vea en este estado... ¿y mi Ricardo?... él traerá noticias... María le verá... ¡Dios mio, qué presentimiento fatal!...

DOC. Tome usted, hermana. (*A Antonia dándole un papel.*) Una cucharada á cada hora. Hasta mañana, señorita; tenga usted valor que dentro de poco estará usted restablecida.

ELEN. Gracias, doctor. (*Váse el Doctor.*)

ANT. Hasta luego. Volveré cuánto antes. (*Ap.*) ¡Pobre jóven!

ESCENA VI.

ELENA; á poco BRÍGIDA; luego el CONDE.

ELEN. ¡Yo necesito ver á Luis!... ¡No sé por qué presiento una desgracia!... ¿A qué atribuir su vuelta?... Y mi Ricardo... ¿Se habrá ido María?...

BRIG. *(Saliendo.)* Señorita, un caballero desea hablar á usted.

ELEN. Que pase, que pase... *(Váse la hermana).* Será Luis; no hay duda... María le ha dicho. . ¡Ah!... ¡El Conde del Junco!

COND. Sí, Elena; yo, que sabedor de su angustiosa situacion, he querido ver y hablar á usted. Vengo á ofrecerla mi apoyo. Todo cuanto poseo pertenece á usted, Elena. Abandone usted este hospital! Sea usted razonable cediendo al amor más tierno y permita que yo, únicamente yo, me consagre al cuidado de la sola muger que he amado en el mundo.

ELEN. (*Desprecio*). Agradezco, sobremanera, señor conde, el interés que usted se toma por mí. ¿Piensa usted acaso que en mi triste situacion me olvido de lo que debo á mis padres, al mundo, á mí misma, en fin? (*El Conde quiere hablar.*) ¡Basta, caballero, basta. Sólo pensarlo me haria morir de vergüenza.

COND. No comprende usted, señorita, ni la vida ni su presente situacion; ¿es preciso que yo ilumine á usted. Estoy enterado de lo que pasó en su casa el dia que nos vimos por última vez. Sus padres de usted no se acuerdan ni quieren que les hablen de la existencia de su hija.

ELEN. ¿Qué dice usted!

COND. La verdad, Elena. No tiene usted, pues, apoyo en el mundo. Sola, sin amigos, sin amante...

ELEN. ¡Sin amante!... ¿Habla usted de mi Ricardo?

COND. ¿Ha tenido usted de cuatro meses á esta parte cartas suyas... noticias siquiera?

ELEN. ¿Y qué importa á usted?

COND. ¿No comprende usted que?..

ELEN. Concluya usted. ¿A qué viene tanto preámbulo?

COND. He visto á un amigo de vuestro Ricardo, D. Luis Rivera, que lo es tambien mio...

ELEN. ¿Y qué!... (*Creciente interés.*)

COND. Tambien le ha visto su amiguita de usted, María. Por ella puede usted enterarse y así no dudará...

ELEN. Señor Conde, por piedad, esplíquese usted...

COND. No hay motivo de alarma... María todo lo esplicará. Mañana volverá...

ELEN. No vuelva usted, caballero.

COND. ¿Tanto soy odiado?

ELEN. Ya he dicho á usted otra vez que no le ódio; pero tampoco me inspira usted amor.

COND. ¡Tanto haré para conseguirlo, tanto, que al fin seré amado! Si se rinde usted á mis súplicas, querida Elena, se verá usted rodeada de deslumbrante lujo y riqueza; causará usted la admiracion del mundo, la envidia de las mugeres. ¿Qué aguarda usted aquí? La miseria, la...

ELEN. (*Colmo de desprecio.*) ¡No desprecio á usted, señor Conde, porque ni aún de ello es digno! ¡Qué!

¿Cree usted que me asusta la miseria? ¿Cree usted que me ciegan sus pomposas ofertas.... Retírese usted caballero, retírese usted y no vuelva jamás á ponerse en mi presencia... ¡Concluiria usted por inspirarme ódio!

COND. (*Ap.*) ¡Esta mujer será mia ó dejo de ser quien soy!

ELEN. ¿No se marcha usted? Me obligará á llamar.

COND. Me retiro... Yo ofrezco á usted mi amor y la felicidad. Destierre usted esa pasion que abriga por otro... por otro... que no volverá usted á ver. ¡Adios! (*Ap.*) Veré á Antonia... si consiguiera con engaño tenerla de mi parte!... (*Váse puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

ELENA.

ELEN. ¿Qué dice ese hombre? ¡Sus misteriosas palabras destrozan mi corazon!... «¡Por otro que no volverá usted á ver!...» ¡Habla de mi Ricardo... ¿Pero qué quiere decir?... ¡Ah! no debí dejarle marchar hasta no haberme esplicado sus oscuras palabras.. (*Queda un momento pensativa!*) ¡El silencio de Ricardo hace cuatro meses!... ¿Me habrá olvidado?... ¿Habrá contraido enlace con otra muger?... Sí, no puede ser otra cosa... ¡Ricardo perjuro!... Parece que una mano de hierro me oprime el corazon!... ¡Él rodeado de placeres en brazos de otra, y yo, triste de mí, rodeada de miseria y en brazos de la muerte!... ¡Olvido, sólo olvido en pago de tanto amor! ¡Quién lo creyera!... (*Se deja caer en la butaca la cabeza entre las manos.*) «María todo lo esplicará,» dijo el Conde. Sí, sí... ella me hablará con franqueza... debe saberlo... todo me lo hace creer la venida de Luis... Sea lo que fuere, el Conde no se engaña... han estado aquí juntos... habrá visto á María... Mas ella qué hace que no viene?... Nó, no quiero saberlo... muera yo ignorando mi desgracia cualquiera que sea. (*Sale María.*)

ESCENA VIII.

ELENA y MARÍA.

MAR. (*Ap.*) No sé como darle la fatal noticia.
ELEN. ¡María! (*Vá hácia ella.*)
MAR. ¡Querida Elena!
ELEN. ¡Te aguardaba con afan! Ven... dime... ¿Has visitado á Luis?... ¿Por qué no viene?...
MAR. Le he callado que te hallas aquí.
ELEN. ¿Qué es pues de mi Ricardo?... Sácame de esta lucha... esplícame las maliciosas palabras de ese hombre...
MAR. (*Ap.*) ¡Todo lo sabe!.. ¿Quién le habrá revelado...
ELEN. ¿No hablas?.. ¿No me respondes? ¿No ves que me estoy muriendo? Qué ha sido de Ricardo? .. ¡Por Dios, María, que me matas con tu silencio!...
MAR. Yo .. nada he sabido...
ELEN. Me engañas... me engañas, María. El Conde hace poco salió de aquí y me dijo que tu me esplicarias sus palabras...
MAR. (*Ap.*) ¡Qué apuro!...
ELEN. ¡Y callas!... ¡Me ocultas la verdad!... ¡Luego te llamas mi amiga!... ¿Por qué me haces sufrir?... ¿Por qué destrozas mi corazon?...
MAR. Mas le destrozaria...
ELEN. ¡Acaba, por Dios!
MAR. Pues bien, amiga mia, destierra de tu pecho esa pasion... procura olvidar...
ELEN. ¡Olvidar!... ¿Por qué?... ¿Crees que este amor no ha arraigado en mi alma?...
MAR. Luis ha llegado esta mañana de Cuba...
ELEN. Lo sé, y qué?... (*Con creciente ansiedad.*)
MAR. Le pedí noticias ..
ELEN. ¿Y qué?
MAR. Me ha dicho. .
ELEN. ¿Qué?... ¡Acaba, por Dios!
MAR. Que en una accion en que peleaban juntos...
ELEN. ¡Ah! basta, basta!... lo comprendo todo.
MAR. No me ha dicho que ha muerto... Sí, que cayó herido, y como Luis lo fuese poco despues, al volver en sí preguntó por Ricardo y nadie le daba noticias; habia desaparecido... Ya ves...

ELEN. Nó. ¡Tú quieres consolarme con mentidas suposiciones... ¡Muerto!... ¡muerto!... ¡Déjame!... quiero estar sola... sola... ¿no lo oyes?

MAR. Soy yo, María... tu amiga... ¿Por qué me arrojas de tu lado?... Vuelve en tí, Elena... ¿Qué importa que todos te abandonen si yo no te olvido jamás?... ¡Tus padres tampoco te han olvidado!...

ELEN. ¡Mis padres! *(Con amargura.)*

MAR. ¿Puede acaso apagarse en sus corazones el amor paternal? Aquí tienes una carta de tu anciano padre .. La trajo á mi casa un aldeano.

ELEN. Dame. (*Toma la carta, la abre, y la devuelve á María despues de tender la vista sobre ella. Ahogada por las lágrimas, dice:)* ¡Ah! no puedo leer... lee tu en alta voz.

MAR. (*Lee.*) «Cuando recibas esta carta puede ser que tu padre se...» ¡Ah! *(Interrumpiéndose.)*

ELEN. Continúa ¿Por qué te detienes? ¿Otra nueva desgracia?... ¡Dame!... *(Queriendo tomar la carta.)*

MAR. (*Impidiéndolo.*) Nó, Elena...

ELEN. ¡Dame! (*Arrebatándosela.*) ¡Apuremos de una vez la copa del dolor! (*Se enjuga las lágrimas y lee con entonacion nerviosa y entrecortada.*) «Cuando recibas esta carta puede ser que tu padre se halle sin pan...» ¡Dios mio!...

MAR. ¡Elena... (*Dirigiéndose á ella como para sostenerla.*)

ELEN. No es nada. «Derval despues de tu escapada... se ha convertido en nuestro enemigo... me amenazó con echarme de casa si no le pagaba lo que me prestó durante mi enfermedad, y sepultarme en una cárcel... Lo primero ya lo hizo... ¿á dónde dirigiré mis vacilantes pasos?... ¡Qué será de mí! . .. ¡Pediré limosna de puerta en puerta!.... (*Sollozando*) Esta carta que recibirás en medio de tus criminales placeres... la arrojarás al fuego... No te servirá, de fijo, para hacerte volver á la virtud... ¡No aguardes mi bendicion á la hora de mi muerte!... (*Va decayendo en metal de voz ahogada por los sollozos, hasta que cae desvanecida en brazos de María.*) No la mereces... has dejado el deshonor en mi casa... y tu padre... que te ha educado... con tanto afan y esmero... mori-

rá en la miseria... quizás en la cárcel... sin un pedazo de pan... y todo por tu torpe conducta... Tu madre ha muerto, la ha matado el dolor. No pienses pasar siquiera los umbrales de mi puerta, que infestarías con tu aliento... Has cuenta que no existo para tí...» (*Cae en brazos de María.*)

MAR. ¡Ah!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Elena se muere!.. ¡Nadie me oye!... ¡Socorro!...

ESCENA IX.

Dichas, el CONDE y ANTONIA.

ANT. ¡Qué gritos!... ¿Qué sucede?...

MAR. ¡Venga usted, señora!... ¡Se muere mi amiga!...

ANT. *(Elena se incorpora.)* Señorita...

ELEN. ¡Mi madre muerta... maldiciéndome!...

MAR. ¡Elena!...

ANT. ¡Señorita!...

ELEN. *(Con desesperacion.)* ¡Dejadme... dejadme!... ¡Mi padre en la miseria!... ¡Dios mio, ten piedad de mí... no me maldigas tú... tú el único que sabes que no soy criminal! ¡Yo debí hacer el sacrificio de mi vida casándome con aquel hombre!... Serian ricos, y yo dichosa viéndolos felices... ¡Yo tengo la culpa... yo, yo sola!... ¡Merezco el desprecio del mundo... el castigo del cielo!... ¡Cómo pedirle perdon!... ¡Cómo arrojarme á sus plantas!... ¡Me rechazará! ¡Me maldecirá!... ¡Para él soy una mujer sin honra ni vergüenza!

(Van bajando por la escalera del foro las hermanas de la Caridad con cirios. Se vé en el fondo de la capilla la imágen de la virgen, que aparece en lo alto de la escalera á su tiempo; detrás cuatro caballeros con el pálio, luego cuatro sacerdotes.)

MAR. ¡Elena! *(Suplicante)*

ELEN. ¡Una mujer digna del ludibrio de la gente honrada!... ¡La causa de la muerte de mi madre!... ¡Tu lo ves desde el cielo, madre mia!... ¡madre de mi alma, no soy criminal!... ¡Qué hacer... qué hacer para salvar á mi padre!... ¡¡qué hacer!! (*En el colmo de la desesperacion dice reparando en el Conde.)* ¡Ah!.., ¡Señor Conde, yo os pertenezco!

CON. (*Admirado.*) ¡Elena!...

MAR. ¡Amiga mia!. .

ELEN. ¡Os pertenezco!... ¿Por qué me miran todos con desconfianza? Tengo mi completa razon, no estoy loca... Impongo una condicion: Mi padre tiene hambre y es preciso enviarle algun dinero... poca cosa... con que comer... con que pueda tener un asilo... No quiero que muera maldiciendo á su hija .. Si yo muero...

MAR. No morirás, amiga mia.

ANT. ¡Está loca, Dios mio!

ELEN. La venta está hecha. Seré la esclava obediente y resignada... no saldrá la menor queja de mis lábios... no rodará una lágrima por mis mejillas... Pero márchese usted... ¿qué le detiene?... ¡Si yo no le amo!...

MAR. Retírese usted... ¡Por Dios!

CON. Está loca. *(Ap.)* Ya es mia.

ELEN. ¿No me oye usted? ¿No ve usted que mi padre le espera?

CON. (*A Antonia.)* Me causa compasion. *(Váse.)*

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, menos el CONDE.

ELEN. ¡Dios mio, Dios mio!... ¡la muerte!

ANT. Hija mia, vuelve en tí. ¿Has perdido la razon?...

ELEN. *(Resueltamente poniéndose frente á Antonia.)* ¿Dejaría usted morir de hambre á su padre?... ¡Diga usted! ¡Nó... yo sé que nó... Mi honra por la salvacion de mi padre!

ANT. ¡Ah! (*Comprendiendo.*) ¡Hija mia!... que sigues el camino de la perdicion!... Aun es tiempo, Elena... *(Se dirige á la cama de la derecha, donde figura estar la anciana y entreabre las cortinas.)* ¡Mira... mira á donde conduce un mal paso!

ELEN. (*Aparta la vista con horror.*) ¡Muerta!

ANT. (*Indicando la imágen de la vírgen que aparece en este momento.*) ¡Contempla allí la madre de Dios!

ELEN. ¡Ah!... *(Lanza un grito y cae de rodillas ante la imágen. Todos hacen lo mismo.)*

ACTO TERCERO.

LA MALDICION.

Salon ricamente amueblado. Puertas laterales. En segundo término derecha una secreta. En primer término balcon que dá al campo. Elena aparece asomada á él; en actitud meditabunda. El Conde sale por la primera izquierda y se detiene un momento cruzado de brazos contemplando á Elena. Esta viste un sencillo trage blanco.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y EL CONDE.

COND. ¡Siempre igual!... ¡Siempre en ese balcon fijos los ojos en la casa de su padre! (*Páusa.*) ¡Qué hermosa es! (*Páusa.*) ¡Cuanta resignacion en la desgracia!... ¡Está resuelto! Enjugaré el llanto que vierte la mas virtuosa de las mugeres... ¿Quién rasgó y pisoteó el purísimo manto que guardaba su honra?... Mi criminal conducta... (*Páusa.*) No es la compasion lo que hoy despierta en mi alma sentimientos que dormian... no; es el amor que ha brotado en mi yerto corazon á impulsos de la virtud de esa mujer!... (*Pausa.*) Diga el mundo lo que quiera, ¿qué me importa? ¿Qué me importa ese mundo que solo vé y juzga por la apariencia?... ¿Qué me importa si dice que mancho mis blasones?... ¿No vé el sacrificio de mi Elena en aras del amor paternal?... ¿No escucha los dolorosos gemidos que en la soledad exhala al solo recuerdo de su bien perdido?... ¡El mundo es

sordo y ciego!... Elena será mi esposa. ¡Elena! (*Llamándola.*)

ELEN. (*Volviendo de su distraccion.*) ¿Quién?... ¿Me llama usted?

COND. Sí, siéntate aquí... mas cerca... á mi lado... (*La contempla un momento.*) ¡Tú sufres!

ELEN. No sufro, caballero.

COND. Escúchame con atencion, pues de lo que voy á decirte depende quizás la tranquilidad de tu porvenir.

ELEN. ¡La tranquilidad! He nacido para llorar y es preciso que se cumpla mi destino.

COND. Escucha: Hoy puede decirse que te hallas sola en el mundo. Tu padre no contesta á ninguna de tus cartas; no quiere verte, te rechaza. El primer hombre que amó tu corazon ha muerto... desde que la desgracia te unió á mí...

ELEN. ¡Lo conoce usted!...

COND. Oye hasta el fin. Desde entonces renunciaste á tus amigos: hoy no tienes mas apoyo que mi brazo y mi amor; mas... (*La contempla.*) ¡Quién puede leer en el porvenir! ¡Quién puede leer en el corazon de una mujer!... ¡Quizás un dia, tú, mi Elena, mi dicha, mi orgullo, darás á otro tu corazon... ¡Quién sabe si ese disgusto que te inspiran mis palabras...

ELEN. Tengo demasiado orgullo para mentir. Sí, abandonaría á usted, y la tierra y la vida misma siempre que hallase un hombre cuyo corazon comprenda y acaricie al mio. ¡Yo necesito amar para ser ménos infeliz! Mas como estoy ligada á usted por un lazo de reconocimiento y afeccion al par que de vergüenza y oprobio, es preciso permanecer á su lado mientras no me arroje usted y quiera mantener á mi padre, siempre que no se aperciba de la procedencia de ese dinero... ¡le mataría la vergüenza!

COND. ¡Ah! pronto comprenderás si mi corazon es digno del tuyo. Respecto á tu padre, está tranquila: él ha creido hasta aquí que solo á mí debe su bienestar...

ELEN. Es humillante.

COND. Tú tienes un hermano soldado á quien tambien

envié dinero para hacer su suerte mas feliz.

ELEN. Ya yo lo hubiera hecho... pero ¡nada poseo!...

COND. ¿Qué dices? ¿Todo en esta casa no te pertenece? Soy rico, todo cuanto poseo está á tus piés.

ELEN. Quisiera ver á mi padre y la casa donde he nacido.

COND. Nada mas fácil, estamos cerca de ella.

ELEN. Por eso supliqué á usted, hace tres dias, cuando en Madrid me manifestó el deseo de pasar fuera el verano, que viniésemos á esta quinta.

COND. Y te he complacido. ¿Estás quejosa de mí?

ELEN. No, gracias.

COND. Voy á mandar que enganchen.

ELEN. Suplico á usted me perdone si me he anticipado. ¡Son tantos los deseos que tengo de arrojarme á los piés de mi padre!...

COND. Es él quien debiera hacerlo.

ELEN. No: yo, que he sido la causa de su mayor desventura; de la muerte de mi madre.

COND. (*Con entusiasmo.*) ¡Buena hija! ¡Serás buena esposa y buena madre!

ELEN. (*Con amargura.*) ¡Parece que goza usted en atormentarme

COND. Elena, tu conducta te ha engrandecido á mi amor, y quiero pagarte como me ordena la ardiente y verdadera pasion á que te haces acreedora. Quiero encumbrarte al puesto digno de tu virtud. Iremos juntos á ver á tu padre y allí...

ELEN. No, no; que no vea á usted. ¡Respetemos, por Dios, sus blancos cabellos... Se lo suplico á usted ..

COND. Como tu quieras.

ELEN. (*Se oye el ruido de un carruage.*) ¡Un carruaje!..

COND. Sin duda son unos amigos á quienes he suplicado se reunan hoy aquí...

ELEN. ¿Qué dice usted? ¿Quiere usted esponerme á la vergüenza de ver caras estrañas?

COND. Nada te importe, hoy es preciso...

ELEN. ¡Oh, de ningun modo!

COND. Pero...

ELEN. ¡Ah! perdone usted... me olvidaba que no soy dueña de mí... soy la esclava. (*Lleva el pañuelo á los ojos.*)

COND. ¡Eres mi reina! (*Toca un timbre, sale un criado.*) Conduce á la sala de armas, introduciéndoles por el jardin á los que acaban de llegar en ese carruaje. (*Váse el criado.*) Voy á salirles al encuentro para impedir que se acerquen aquí hasta que hayas partido. . ¿Estás contenta, mi bien?

ELEN. Usted lo ha mandado...

COND. Hasta luego. Que no tardes, Elena mia, que á tu vuelta concluyen tus pesares. (*Váse por la segunda puerta izquierda.*)

FRAN. (*Saliendo con una carta en una bandeja.*) Una carta para la señora.

ELEN. Dame. ¿Está el coche dispuesto?

FRAN. Sí, señora.

ELEN. Abre el pasillo secreto. (*Le dá una llave: váse el criado por la puerta segunda derecha.*)

ESCENA II.

ELENA, á poco FRANCISCO; puerta derecha segunda.

ELEN. ¿De quién será esta carta? De Maria. ¡Siempre las mismas quejas, sin duda! No comprende que si me niego á verla es porque me avergüenzo de presentarme á ella. Veamos: (*Lee.*) «Querida Elena: Desde que abandonaste el hospital me ha sido tu conducta, de dia en dia, mas estraña; pero apesar de tu silencio mi constante cariño logró siempre saber de tí, y enterada de que eres feliz rodeada de lujo y riqueza, juzgo que ya no necesitas á la pobre María, que solo puede ofrecerte un desinteresado cariño, así no dudo que te sean enojosas mis cartas y que no hayas contestado á ninguna.» (*Representa.*) ¡Reproches bien merecidos! falté á tu sincera amistad... me olvidé de tí... soy doblemente criminal. (*Lee.*) «Luis á quien veo á menudo me pregunta siempre por tí, y me ha parecido oportuno y prudente seguir ocultándole todo cuanto por tí ha pasado hasta hoy. Le he dicho que te hallas con tus padres. Si algun dia cambias de resolucion y me permites que corra á tus brazos, tendré gran placer en ello. Adios, sé dichosa; mas no olvides que el oro

no constituye la verdadera felicidad.» (*Representa.*) ¡Y ménos el que me acusa de criminal! *(Se desprende de las alhajas y las arroja con desprecio sobre el velador. Se suplica al cuidado de la actriz el efecto de esta accion. Sale Francisco.*) Francisco... ¿Está aún el portador de esta carta?

FRAN. Hace rato que espera.

ELEN. Bien. Aguarda tú para que le lleves la contestacion. (*Escribe.*) (*Ap.*) ¡Quiero ver á María; que me perdone; necesito de sus consuelos, de su cariño! Ya que todo lo he perdido en el mundo quiero conservar tu amistad.) *(Alto.)* Toma. *(Al criado que se vá por el foro.)* Ahora solo falta que me rechace mi padre. *(Váse por la puerta segunda derecha.)*

ESCENA III.

El DOCTOR, LUIS, JOAQUIN, detrás FRANCISCO.

LUIS. ¡Qué demonios! ¿Está desierta esta casa? ¿No hay criados aquí?

FRAN. Algo hay aquí que se le parece.

LUIS. Y diga usted señor algo, ¿dónde se halla el todo de tu amo?

FRAN. Le he visto bajar hace poco por esa escalara que conduce al jardin; no sé como no le han encontrado ustedes. (*Indica la segunda puerta izquierda.*)

LUIS. Porque hemos subido por esta otra, (*por el foro izquierda*) gandul. Anda, dale á tu amo aviso de nuestra llegada, que tenemos un apetito devorador.

FRAN. Voy volando. *(Ap.)* ¡Manada de lobos! *(Váse.)*

ESCENA IV.

Dichos, menos FRANCISCO.

JOAQ. Doctor, aguardamos la conclusion de vuestro relato.

DOC. Poco resta ya, amigos mios. La jóven salió del

hospital para seguir al Conde y hoy la tiene rodeada de un lujo oriental.

JOAQ. Pero hombre, así sin mas ni mas adquirió el Conde esa joya?

DOC. Cuanto he dicho á Vdes. es lo que, sobre este particular, ha llegado á mi conocimiento por la hermana Antonia... Pero estraño en verdad que tú no estés enterado (*á Luís*) cuando tu amiga, la modista, lo era mucho de ella.

LUIS. ¿María? (*Ap.*) ¡Oh, qué idea! si será... ¡Bah! ¿Una mujer no tiene acaso mas que una amiga?

DOC. Te has quedado pensativo, Luis.

LUIS. (*Disimulando.*) Sí, pensaba en la suerte de algunos hombres... ¿Sabe usted cómo se llama esa jóven?

DOC. Solo la conocí por el número 15.

LUIS. ¿Y qué juicio forma usted de la causa ..

DOC. ¡Sabe Dios si la humanidad, por una de sus muchas injusticias, arrojó á esa desventurada en los brazos del crímen!

LUIS. ¡Siempre filántropo!

DOC. Porque respeto la virtud y compadezco la desgracia. ¡Ojalá que muchos pensáran de igual manera! ¡Cuántas lágrimas se enjugarian! ¡Cuántas infelices se apartarian del precipicio! Mira en esa mujer de quien nos ocupamos, la verdad práctica de lo que acabo de decir. Fué conducida al hospital en tristísimo estado; hoy la vemos la querida de un gran señor, respirando opulencia por doquier. De la humilde cama de un hospital pasó al suntuoso lecho de un Conde. Esa mujer que ántes con un sencillo vestido de percal podia levantar orgullosa la frente, desafiar á las mas ricas y nobles señoras de la córte y decirlas con fiereza: «No soy noble de cuna, no tengo cuantiosos caudales, y sin embargo, soy tan noble, tan rica como vosotras; mi nobleza está esculpida en mi alma, mi riqueza las forman mis virtudes.» Hoy, ante qué infeliz pordiosera no tendrá que inclinar la frente avergonzada! ¡Y quién sabe cual fué la causa que la condujo de pobre honrada á rica sin honra! ¡Por amor al vicio no fué, estoy seguro; la virtud se dibujaba

en su serena frente! Ahora bien: Si ese hombre no supo amar en ella esa virtud desprovista de oro y nobleza, porque la sociedad se burlaría... ¿por qué la presenta á esa sociedad cubierta de infamia? ¿Por qué no dejó morar tranquila la inocencia?... ¿Y si la vió á dos pasos del vicio, quizás por falta de pan, por qué no hizo, con un puñado de oro, en vez de una sierva, un ángel, que agradecido, al elevar al cielo sus fervientes plegarias mezclára en ellas el nombre querido de su protector? ¡Qué importa el honor de una mujer si en cambio dice el mundo: «El Marqués N... tiene una querida la mujer mas hermosa de la córte...» ¿Y por qué no adorna su hermosura, no con la palma del martirio, con una corona de blancas rosas, símbolo de castidad y pureza?... ¡Oh!... ¡Entónces qué diria el mundo!... ¡Como querida .. pase... ¡una pobre!... ¡una plebeya!... ¡Miserables!

LUIS. (*A Joaquin.*) ¡Con qué calor lo toma!

DOC. Es que me exalto al pensar en ciertas cosas.

JOAQ. Se interesa usted mucho por la enferma.

DOC. Como por todo el que sufre. Esta es mi mision como médico, mi deber como hombre honrado.

LUIS. Con Ricardo se entendería usted á las mil maravillas.

JOAQ. ¡Conque al fin se halla de regreso!

LUIS. Gracias á Dios y á los insurrectos cubanos, llegó esta mañana con no poca sorpresa mia que le creia entre los muertos.

DOC. ¿Por qué no te ha acompañado?

LUIS. Porque ántes era preciso cumplir con el corazon. Le trae loco una linda muchacha, que por cierto vive cerca de aquí .. ¡Una joya, doctor!

DOC. Búrlate cuanto quieras; concluiré por creer que no tienes corazon.

LUIS. Le juro á usted que no me burlo. Me atrevo asegurar que yo, Luis, sería capaz de amarla.

JOAQ. Si la señorita María no tuviera derecho á tu corazon...

LUIS. Te aseguro...

FRAN. (*Anunciando.*) Don Ricardo del Vallar.

LUIS. Ya le tenemos aquí.

ESCENA V.

Dichos y RICARDO en trage de capitan.

DOC. ¡Amigo mio!

RIC. ¡Querido Delví! ¡Joaquin! (*Les dá la mano.*)

DOC. Al fin te ves entre tus amigos. ¡Te tuvimos por muerto!

RIC. Tambien lo esperaba yo cuando me ví en poder del enemigo; pero fué noble y generoso, despues de diez meses de prision tratado con las mayores consideraciones, fuí cangeado, á lo que debo la dicha de estar entre vosotros.

JOAQ. Por lo que esperimentamos un vivo placer.

RIC. Gracias.

LUIS. Dime: Has visto á María.

RIC. Sí y me ha dicho lo que tú, que mi Elena se halla con sus padres. Pero me estrañó sobremanera la turbacion con que me habló; Luis: ¿qué hay en esto que no comprendo?

LUIS. Nada.

RIC. Voy á verla en seguida. Estando cerca de su casa no quiero perder un momento.

LUIS. ¿Y no aguardas al Conde? Ya sabes que deseo presentarte.

RIC. No, Luis, no quiero aplazar por mas tiempo la entrevista con mi amada... no sé que fatal presentimiento... El aire que respiro me sofoca... discúlpame.

ESCENA VI.

Dichos; FRANCISCO y el CONDE.

FRAN. El señor Conde.

COND. Amigos, ¿se han eclipsado ustedes?... Caballero... (*Por Ricardo.*)

DOC. (*Pide permiso con la mirada a Luis.*) Señor Conde: presento á usted un enfermo rebelde y fugitivo, que confiado á mis cuidados, se escapó, hace un año, para sostener en apartadas tierras la integridad de nuestro pabellon.

COND. Y que deseo estreche la mano que le tiende un sincero y verdadero amigo.

RIC. Mucho me honra usted, caballero.
COND. Nada que no merezca tan digno y valiente oficial.
DOC. Don Ricardo del Vallar, capitan de artillería.
COND. (*Ap.*) ¡Qué escucho!
DOC. S. E. el Conde del Junco.
COND. (*Ap.*) Disimulemos. (*Alto.*) ¿Tengo el honor de considerar á usted hoy de los nuestros? He invitado á estos amigos á pasar un dia de solaz y desearía nos honrase usted con su presencia.
RIC. Acepto; pero ruego á usted me disimule, si al menos por una hora, me privo de tan agradable compañía.
COND. Nos honraremos á la hora de comer...
RIC. Sí, señor Conde.
COND. Le aguardamos pues.
RIC. No faltaré. Hasta despues. (*Váse.*)

ESCENA VII.

Dichos, menos RICARDO.

CON. (*Ap.*) Es preciso que Elena no le vea. (*Alto.*) Ahora, señores, deseo hacer probar á ustedes uno de los vinos, que hace veinte años no ha salido del fondo de mi bodega. (*Toca el timbre.*) ¡Francisco! (*Se presenta el criado.*) (*Ap. á Francisco*) Cuando venga la señora que aguarde en su tocador. (*Alto.*) Trae seis botellas del vino que te pedí esta mañana. (*Váse el criado.*) Bastan solo tres copas para animar al hombre mas tímido y cobarde. Le reservo para las grandes ocasiones; y hoy es una de ellas. ¡Señores, me caso!
TODOS. ¿Eh? (*Sorpresa general.*)
FRAN. (*Entrando.*) El vino.
COND. Colócalo sobre ese velador y trae copas. (*Váse el criado.*) (*Ap.*) ¡Oh, estoy violento! (*Alto.*) Pues sí, señores, me caso.
LUIS. ¡Nos tiene usted asombrados!
COND. Es una sorpresa que preparo á ustedes. (*Ap.*) ¡Y esa muger que no viene!
FRAN. (*Con copas.*) Las copas.

Las deja sobre el velador, y á una indicacion del Conde sirve el vino. Todos levantan las copas en alto. Francisco vá á marcharse y

al llegar al foro figura que vé á Elena y dice: «la Señora.» á esta palabra, sorpresa general. El Conde se lanza al foro, los demás se retiran á la izquierda y permanecen de manera que no sean vistos de Elena hasta su tiempo. Elena entra sin reparar en nadie. El Conde detrás procurando calmar la agitacion de que se halla presa.

COND. ¡A la salud de mi futura esposa!

FRAN. La señora.

COND. ¡Ah! *(Váse.)*

ESCENA VIII.

EL DOCTOR, LUIS, JOAQUIN, ELENA y EL CONDE.

JOAQ. He ahí un objeto de lujo que cuesta al Conde cuatro ó cinco mil duros anuales cuando ménos.

LUIS. (*Ap.*) ¡Elena!

COND. (*Saliendo*) ¿A donde vás, Elena?

ELEN. ¡Ah! ¿Es usted?

COND. ¿Qué tienes? ¡Tú sufres!

ELEN. Es preciso partir lejos, muy lejos...

COND. Cálmate, Elena. ¿Has sido objeto de algun insulto? ¡Juro que quien te haya ofendido no saldrá vivo de estos contornos.

ELEN. ¡Señor Conde: que nadie me vea; ¡me agovia la vergüenza! ¡Mi padre me ha arrojado, me ha prohibido la entrada en la casa donde nací, me llamó hija perdida... dijo que mi presencia le sonrojaba, que mis huellas manchaban la morada donde ha muerto mi madre. (*Llora.)*

COND. Elena mia, vuelve á la razon; hay gente delante. Enjuga tus ojos.

ELEN. ¿Y por qué hay estraños aquí? ¿No he dicho á usted que quiero vivir lejos de todo el mundo? ¿No hace un año que no quiero ver aquellas personas de mi mayor aprecio? ¿Qué necesidad tengo de contemplar nuevos rostros; nuevos testigos de mi deshonra? ¡Y sobre todo! ¿Por qué hacer creer que la sobrellevo sin desesperacion?

COND. *(Severidad.)* ¡Elena! ¿Estás loca?

ELEN. *(Ironía.)* ¡Ah! es cierto: tiene usted todos los derechos sobre mí; me he vendido. He aquí mis lágrimas enjugadas; preséntememe usted á esos señores y procuraré parecer bella para hacer honor á la vanidad de usted; para que se diga: «Su Excelencia el Conde del Junco tiene arrogantes ca-

ballos, suntuosa carroza... y una bella querida...» Vamos... preséntememe usted, caballero.

DOC. Elena, perdone usted si tomo parte.... (*Luis permanece retirado.*)

ELEN. (*Ap.*) ¡El Doctor! ¡Oh, qué vergüenza!

COND. ¿Creen ustedes, señores, que este profundo dolor no conoce otra causa que haber sido mal recibida por su padre, á quien esta hija infortunada ha dado mas que su sangre?

ELEN. Mi padre no tiene razon; porque si le he deshonrado... si me he vendido...

COND. ¡Elena!

ELEN. Si, señores. ¿A qué ese misterio? ¿El señor, (*Por el Doctor.*) no sabe acaso quién soy? Si me he vendido, repito, solo fué por mantener á mi padre, por sacarle de la prision, en que le sepultó la infamia de un hombre.

COND. (*Ap.*) ¡Oh!...

LUIS. (*Ap.*) ¡Qué oigo!

ELEN. Yo era pobre, usted lo sabe, señor conde, yo era pobre y he resistido con fiereza las brillantes proposiciones de usted; vuestra perseverancia. Cuando enferma en un hospital he visto á usted llorar á mis plantas suplicándome aceptara sus beneficios, los desprecié siempre, amando mejor morir de hambre y miseria, jóven y bella. No he cedido ni aun á la voz de mi padre, que carecía de pan; pero cuando fué encerrado en una oscura prision... ¡Oh... entónces!... ¿Es esto verdad, señor Conde?

COND. ¿Y por qué no has dicho todo eso á tu padre?

ELEN. Porque le hubiese sido demasiado afrentoso saber que él fué quien me lanzó al abismo de oprobio y vergüenza; porque hubiera tenido que humillar á mis plantas su blanca cabeza, porque le he dado mi vida, hice mas que abrir mis venas y brindarle con mi sangre, hice mas que arrancarme el corazon y dársele á comer á pedazos, pues entónces hubiera dejado de existir, miéntras que hoy vivo, vivo para llevar eternamente duelo en el alma y remordimiento en el corazon. (*Llora.*)

LUIS. (*Ap.*) Es preciso que no la vea Ricardo. (*Váse*)

ELEN. Mi padre ha tenido culpa; porque aun ignorando

lo que hice por él, no debia rechazar á su hija cuando se le presenta desgraciada. Y lo que me hace verter mas lágrimas es que he sentido de nuevo en mi corazon un dolor agudo, porque he visto frente á mi casa el rosal de cuyas blancas flores quería mi hermano tejer una corona para el dia de mi boda; he visto, bajo los árboles á cuya sombra pasó mi infancia, como salir de la yerba donde florecen las violetas, las rientes fantasmas de mi jóven imaginacion; he reconocido mis pasadas alegrías y mis dulces esperanzas, que huyen de mí para no volver jamás. (*Llora.*)

DOC. Señora: ¡lo que ha hecho usted por su padre es grande, hermoso! Si no se puede llamar á usted virtuosa ¿qué es entónces la virtud?

ELEN. ¡Doctor! ¡Doctor! ¿Dice usted la verdad? Responda usted. ¿Qué le hace hablar así? ¿Es acaso un estremo de sensibilidad y condescendencia, ó esas palabras nacen del corazon?

DOC. Señora, he dicho lo que siento. Es usted la muger mas virtuosa que he conocido.

COND. ¡Basta, señores, basta. No hace mucho dije que preparaba á ustedes una sorpresa. Caballeros: desde este momento mirad en Elena á la futura condesa del Junco! He aquí mi mano indigna de tanta virtud. (*Se oyen dentro voces y amenazas.*)

ESCENA IX.

Dichos, PEDRO y dos criados.

PED. ¡Atrás! ¡Apartad, canalla! ¡Paso digo!

COND. ¿Qué es eso? Dejad entrar á ese anciano.

ELEN. ¡Mi padre! (*Arrojándose á sus piés.*) ¡Padre mio, escúcheme usted!... ¡Soy inocente!...

PED. (*La rechaza y se dirige al conde.*) Vengo á echar en cara á usted su infame proceder, el insulto que infiere á mis canas haciendo ostentacion de su conducta cerca del padre ofendido!... No crea usted que vengo á pedir cuenta de mi honra, no; otro es quien me la debe; usted que hace mas que comprar los favores de una hija infame ya deshonrada! Ese dinero, (*Un bolso.*) que arrojo á us-

ted al rostro lo recibí de sus manos de usted cuando se vendia mi amigo y protector. ¡Ah! Le admití ignorando su infame procedencia. ¡Y tú, hija ingrata, no contenta con manchar tu honor huyendo con un amante, te degradas hasta el estremo de ser la querida de un gran señor, del hombre por cuya órden me despojó Derval de todos mis bienes... me sepultó en una cárcel...

ELEN. ¡Qué oigo! ¡Ah qué infame, qué inícua trama!... ¿Cónque de ese medio se ha valido usted para arrancarme la felicidad?

COND. ¡Esa es una infame calumnia!

PED. Ayer despidió usted á Derval; hoy me lo ha referido todo y me ha dado ese dinero para que se lo arroje á usted á la cara; por él he sabido que se hallaba usted á dos pasos de mi casa para ultrajarme aun más... ¡Es usted un villano!...

COND. Respeto esa blanca cabellera; porque de otro modo ese insulto...

PED. ¡Lo lavaría usted con mi sangre!... ¡Já, já, já! Atropellan la mas pura virtud para satisfacer sus pasiones, no dudan en cubrir de afrenta las canas de un anciano, en llevar el dolor y la muerte al corazon de una madre, y cuando se les pide cuenta de su infame conducta responden con una estocada... Pero ¿en quién se ensañan ustedes, en quién? En el infeliz que no pudiendo llegar á vuestra altura, no es oido aunque demande justicia. Pero yo probaré como un villano cuando le insultan sabe elevarse hasta vuestro nivel. ¡Toma! (*Le dá una bofetada.*)

COND. ¡Miserable!

Le coje por un brazo obligándole á arrodillarse y al levantar la mano como para castigarle, Elena se arroja á sus piés. El Doctor y Joaquin se interponen y aparecen en el mismo instante Ricardo y Luis por el foro. El primero se arroja sobre el Conde. Elena reconoce á Ricardo y lanza un agudo grito. Todo muy rápido.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos; RICARDO y LUIS.

RIC. ¡Infame! No es de noble ni caballero ese proceder; quien ultraja la vejez es un cobarde.

COND. ¡Oh!... (*Furioso.*)

RIC. Yo soy jóven y fuerte. Era usted mi enemigo por que me lo decia el corazon. No crea usted que me bato por esa muger, que desprecio... lo que hago es defender á un anciano que villanamente queria usted castigar... ¡Señor Pedro, juro por la salvacion de mi alma que jamás atenté al honor de vuestra hija! Vámos, caballero.

COND. Vámos.

El Conde sale primero, despues Ricardo, luego Luis, Doctor y Joaquin. Pedro vá á salir y se detiene á la voz de Elena, quien se arrastra de rodillas de uno en otro hasta su padre. Todos, menos éste, se retiran sin hacer alto en ello.

ELEN. ¡Señor Conde!... ¡Oh! ¡Ricardo, Ricardo, te amo, *(Desprecio en Ricardo.)* ¡Padre de mi alma, oígame usted por piedad!

PED. ¡Mira en esos dos que van á batirse, en uno la causa de tu desgracia, en otro la afrenta de tu padre! ¿Qué se hizo lo que yo creia tu virtud? ¿Eres tú mi pequeña Elena, *(Elena ansía esplicarse.)* mi orgullo, mi contento, en la que veia cifrada la tranquilidad de mi vejez? ¿Qué has hecho de tu virtud, hija ingrata... causa de la muerte de tu madre... aparta... ¡yo te maldigo!

Váse precipitadamente. Elena se queda por un momento con la mirada fija en la puerta por donde ha salido su padre. Lanza una carcajada y cae sobre el divan.

ELEN. ¡Já, já, já!

ACTO CUARTO.

LOCURA Y PERDON.

Magnífico jardin. A la izquierda, en segundo término, puerta que conduce á un pabellon. A la derecha, en segundo y tercer término, gran fachada de casa con puerta y escalinata. Tapias con puerta al foro. Jarrones, estátuas, fuentes, etc. En los jarrones y arrietes muchas flores, la mayor parte blancas. Al levantarse el telon aparecen María leyendo y en derredor de ella cuatro ó cinco niñas, Luisita y Emilia.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, LUISITA, EMILIA y niñas.

MAR. «Cuando el lujo disipa las riquezas las buenas costumbres no existen; el matrimonio es el anuncio del divorcio; las diferentes condiciones se confunden; lo supérfluo absorbe lo necesario, una falsa magnificencia encubre la miseria general; los grandes se arruinan y dejan de ser grandes; pero cuando la caridad las distribuye, constituyen el poder del hombre; crean, por decirlo así, un mundo nuevo en el órden físico, esparcen por doquier la abundancia y la vida; son el aguijon y la recompensa del trabajo; enjugan las lágrimas del desgraciado». *(Sale Luis y se vá acercando poco á poco.)* «Así el rico misericordioso no es simplemente un hombre, es la providencia misma, visible, aplicada de una manera palpable al bienestar del mundo.» (1) Basta por hoy: Mañana

(1) El Abate Poulle. «Exortaciones sobre la limosna.»

os leeré detenidamente lo que trata sobre el amor que debemos á nuestros padres, á nuestros semejántes...

TODAS. Adios, señora María. *(Vánse por la puerta de la tapia.)*

ESCENA II.

MARÍA y LUIS.

LUIS. ¡Bravo, señora esposa! ¿Es usted el *Non plus ultra* de las profesoras!

MAR. ¡Bien venido señor viajero! (*Finjiendo enojo.*) ¡Feliz quien vé á usted despues de dos dias de ausencia! ¡Dos dias lejos de su esposa!

LUIS. Es verdad, pero...

MAR. Es una falta que no tiene disculpa. ¡Dos dias sin verle cuando solo una hora de ausencia me llena de inquietud!

LUIS. Pero si no me oyes...

MAR. Estoy muy disgustada.

LUIS. Disgusto que se trocará en placer tan pronto como sepas la feliz circunstancia que me obligó á detenerme en Madrid.

MAR. Ya te escucho.

LUIS. Ante todo dime como se halla nuestra querida amiga.

MAR. En cuatro meses que padece su razon no ha tenido un dia tan tranquilo como el de ayer; mas hoy temo que sea uno de los peores. Esta mañana salió como de costumbre, y recorrió todo el jardin; pero era tal su exaltacion que la cobré miedo. Para obligarla á entrar en su habitacion tuve que recurrir al único medio que en estos casos tenemos: hacerla creer que se lo ordena la voz de su padre. ¡Ah! ¡Cuánto sufro al verla en ese estado y recuerdo los dias que tan felices pasaba al lado de sus padres! ¡Infeliz amiga mia! ¡Padre cruel y tirano!

LUIS. Respetemos los altos designios de la providencia. Elena abandonó á sus padres, cuando mas la necesitaban. ¿No serán sus padecimientos de hoy el castigo de sus faltas de ayer? Callemos, pues, y

respetemos, repito, los impenetrables misterios del Criador.

MAR. ¡Já, já, ja!

LUIS. (*Desconcertado.*) ¿Por qué te ries?

MAR. Disimula, Luis mio, si á mi pesar muestro hilaridad en tan triste momento; pero ¿cómo no hacerlo al oirte hablar de ese modo .. á tí, al escéptico por escelencia?

LUIS. No; es que si tu crees...

MAR. Una muger enamorada hace de una fiera un cordero. (*Con zalamería.*)

LUIS. Sí; pero ya antes de conocerte... vamos, no tanto...

MAR. (*Con cariño.*) El que anda con la miel ..

LUIS. No, pues no creas que... vamos .. en fin no toquemos ese punto, ya sabes que cuando así sucede...

MAR. Te embrollas y... (*Luis vá á hablar.*) Vamos, ¿qué?

LUIS. (*Con espansion.*) Nada. ¡Qué te amo con toda el alma!

MAR. ¡Y qué posees un hermoso corazon! ¡Si hoy Ricardo te viera, segura estoy de que ya no te llamaría *el Descreido*!

LUIS. ¿Y si te dijese que ya me ha visto?

MAR. ¡Cómo! ¿Ha venido de París?

LUIS. Hace cuatro dias. Hé ahí el motivo por qué he permanecido en Madrid mas tiempo del necesario. Hoy viene á vernos.

MAR. ¿Le has hablado de Elena?

LUIS. No sé si habré cometido alguna imprudencia; mas como siempre oí decir á Delvi que la ausencia de Ricardo y la desaparicion del señor Pedro son grandes obstáculos á la salvacion de nuestra amiga, no dudé en decirle que se hallaba entre nosotros; que era desgraciada, inocente ...

MAR. ¿Y ha dicho que vendrá?

LUIS. Dice que quiere verla por última vez.

MAR. Y del señor Pedro ¿qué has sabido?

LUIS. Nada.

MAR. ¡Ah! Si le viésemos, si supiera que su hija no es mas que una pobre loca!... ¿Es acaso un padre desnaturalizado?

LUIS. Aquí viene Delví.

ESCENA III.

Dichos; el DOCTOR sale de la casa.

DOC. Buenos dias, María... ¿Ya de vuelta, amigo Luis?
LUIS. Y con muy buenas noticias.
DOC. A ver, á ver?
LUIS. He visto y hablado á Ricardo.
DOC. ¡Cómo! ¿Cuándo ha llegado?
LUIS. Hace cuatro dias.
DOC. ¿Y se atreve?...
LUIS. ¿A volver? ¡Quién se acuerda de lo pasado? La sociedad llama legítimo al asesinato cuando se pretesta el sagrado nombre del honor. Te participo que esta tarde estará con nosotros.
DOC. Pero...
LUIS. Cuando le dije que viviamos en esta quinta se negó á visitarnos; mas al referirle como vinimos á habitarla accedió á mis deseos.
DOC. Le has dicho...
LUIS. Todo se lo conté. Cuando nombré á su amada me contestó lo de siempre: «Luis, que ese nombre no suene en mis oidos... ha muerto para mí...» pero le obligué á escucharme. Le referí cuánto pasára desde su marcha á Cuba... sin olvidar el menor detalle. Entónces esclamó: «Amé á Elena como nadie amó jamás, la amo todavía. Su recuerdo es mi constante martirio, y aunque comprendo que hay un abismo entre los dos, ya que sé que no es culpable y sí desgraciada, amigo mio, quiero verla, quiero verla por la última vez; pero oculto sin que mi presencia la martirice,» y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.
DOC. ¿Le has dicho que perdió la razon?
LUIS. No, eso lo he dejado á cargo de usted.
DOC. Bien hecho.
MAR. Doctor, ¿cree usted que curará?
DOC. Ya sólo en Dios he puesto mi esperanza. Una última prueba me resta si algun dia vemos á su padre.
LUIS. Si supiéramos donde se halla el señor Pedro...

Doc. Ayer supe, que hace un mes se le vió entrar en la casa que habitó en el lugar, y que abandonó el dia fatal de la escena en esta quinta.

ESCENA IV.

Dichos; FRANCISCO, casa; LUISITA, puerta tapia.

Fran. Señorito Luis, un caballero pregunta con mucha premura por usted.

Luis. ¿Ha dicho su nombre?

Fran. Don Ricardo...

Luis. ¡Ah! Voy, voy corriendo. ¿Viene usted, Delví?

Doc. Sí, voy en seguida. Antes quiero ver á Elena; saber en qué estado se halla hoy... id delante. *(Al desaparecer María y en el momento en que el doctor va á entrar en la habitacion de Elena, sale Luisita corriendo por el foro.)*

Luisit. ¡Señora María! ¡Señora María!

Doc. *(Volviendo.)* ¿Qué pasa?

Luisit. ¡Ah Señor! Un pobre viejecito, que ha caido en el camino y no puede moverse. ¡Corra usted, señor!

Doc. *(Llamando.)* ¡Francisco! Le habrá quizás rendido el cansancio. *(Sale Francisco.)* Acompáñame. Vamos, guia, Luisita. (*Váse puerta tapia.*)

ESCENA V.

ELENA; á poco DOCTOR, PEDRO y FRANCISCO.

(Elena sale por el pabellon izquierda; su ropa y cabellera en completo descuido. Dirígese, mirando á un lado y otro como si temiese ser vista, á los distintos maceteros que adornan el jardin. Toma algunas flores blancas con placer y arroja con disgusto algunas de otro color; va formando con aquellas una corona, y así recorre la escena, siempre cojiendo flores. En el primer término derecha se detiene fijando cuidadosamente el oido. Se dirige á la puerta del pabellon y escucha, separándose al poco tiempo para dirigirse al pilon de una fuente que habrá en el centro de la escena; allí se coloca la corona en la cabeza y al mirar su imágen en el agua se aparta con horror, arrojando léjos de si las flores. Se sienta quedando con la vista fija en la corona que ha tirado. De repente se levanta y permanece en la actitud del que escucha un ruido lejano. En este momento entra el Doctor. Durante este juego la música ejecutará una sentida melodia que finalizará á la salida del Doctor.)

Doc. ¡Ah, qué felicidad! El señor Pedro. (*Viendo á Elena.*) ¡Elena! *(Llamándola.)*

ELEN. *(Vuelve precipitadamente la cabeza y mira fijamente al Doctor por algunos segundos, y tomándole de la mano, lo lleva á donde ella se encontraba.)* Escucha; *(aplicando el oido.)* ¡La voz de mi padre!... Oye... oye... me llama! ¡ah! *(retrocede con horror.)* No... no... escucha... ¡Hija ingrata, te maldigo!...

DOC. Retírate, Elena.

ELEN. ¿Por qué? No... mi Ricardo me espera... míralo... mata al conde... á mi padre... ¡Ah! *(Aparta la vista.)*

DOC. *(Con voz imperiosa.)* ¡Retírate!... ¡Tu padre lo manda! ¡Tu padre lo ordena! (*Elena al oir esto se dirige al pabellon volviendo con temor la cara atrás, y cojiendo flores á su paso. Sale el señor Pedro apoyado en Francisco y vé á Elena de espaldas en el momento de entrar en el pabellon. El criado se vá.*)

PED *(Viendo á Elena.)* ¡Qué veo!..... Caballero..... ¿Quién es esa muger?

DOC. Una loca.

PED. ¡Loca!... ¡Dios mio!... ¿Cómo se llama, caballero, cómo se llama?

DOC. Luisa.

PED. ¡Ah! *(Suspirando.)*

DOC. ¿Conoce usted por ventura á esa infeliz?

PED. Nó... no señor...

DOC. Se ha turbado usted.

PED. Caballero... perdone usted si me retiro... ya he descansado y áun no he llegado al término de mi viaje...

DOC. ¿Vá usted muy léjos? Le daré una cabalgadura, está usted muy fatigado.

PED. No, gracias á usted, caballero, me encuentro bien y sólo me restan algunos pasos de camino y creo llegar descansadamente.

DOC. Pero si no es muy urgente lo que tiene usted que hacer, puede usted con toda confianza disponer de la casa de los pobres, y á la caida del sol...

PED. ¡La casa de los pobres!... ¡Cómo!. . ¿No pertenece esta quinta al Conde del Junco?

DOC. La legó á los pobres y huérfanos momentos antes de morir.

PED. ¿Ha muerto el Conde?. ... ¡Luego en el desafio.. . ¡ah, ya estoy vengado!

DOC ¿Qué está usted diciendo? ¿Conoció usted al antiguo poseedor de esta quinta?

PED. ¡Sí, le conocí!... Y á su matador tambien. ¡Quién sino ellos son la causa de mi desventura?. . ¡Quién sino ellos son la causa de mi presente miseria?... ¡Por quién caigo en un camino cubierto de sudor y de fatiga?... Por ella .. porque amé á su madre más que ella la amára... porque no puedo dejar de visitar mi antigua casita, la casita donde recojí el último suspiro de mi querida Magdalena .. donde lanzaré el mio á la eternidad, cuando ya las fuerzas me abandonen despues de cuatro leguas de camino, y caiga rendido en los umbrales de la que es hoy triste morada de la muerte y ayer hermoso templo de felicidad...

DOC. Ahora comprendo... ¿Es usted el señor Pedro de quien cuentan en las cercanías que tuvo una hija muy desgraciada?

PED. ¡Desgraciada! ¡Criminal, caballero criminal!... Huyó de mi casa con un amante, dejando á su padre en la miseria, y su madre...

DOC. ¿No ha vuelto usted á ver á su hija?

PED. La última vez en esta misma quinta, y... sólo fué para maldecirla!

DOC. ¡Muy culpable debió ser cuando mereció la maldicion de su padre!

PED ¡Mucho, si señor... y sin embargo, la quiero .. hay momentos en que este anciano se convierte en un niño... llora... llama á su ingrata hija que le ha abandonado... pero luego vuelve á mi imaginacion la idea de su deshonra... su conducta toda... ¡ah! esto es cruel! ¡Pobre esposa mia!... ¡hija ingrata!... ¡Dios mio!

DOC. ¿Y nunca asaltó á usted la idea de haber sido quizás muy severo juzgándola?... ¿No habrá sido su hija tan desgraciada como esa infeliz loca, á quien maldijo su padre creyéndola deshonrada, y y lo que el creyó crímen fué virtud? Ese padre si hoy viera á la hija de su corazon, loca... y se convenciera que fué injusto, cruel; que por él, sólo por él, por salvarlo de la miseria, por darle

el pan de que carecía se sepultó en eterna desgracia.. ¿qué haria? Y usted, Sr. Pedro, ¿ha pensado un instante siquiera en calma, y más benigno y ménos severo ha juzgado usted la desgracia de su hija? ¿La atendió usted, quizás, cuando humilde y suplicante se arrojó á sus piés, en esa casita donde se deslizaron los tranquilos dias de su infancia, resuelta á informarle á usted de la causa de su deshonra?.. ¿La admitió usted una simple disculpa? ¿No la arrojó usted de allí como á un sér inmundo y ponzoñoso?... ¿No quiso?...

PED. (*Que ha escuchado con creciente agitacion*). ¡Caballero!... ¡Caballero!... ¿Por qué me habla usted así!... ¿Quién le ha informado?... ¡Esa muger... esa loca... caballero...

DOC. (*Con calma*) Esa loca se llama Luisa.

PED. ¡Dios mio!

DOC. Su hija de usted, si alguna falta ha cometido, ya la purgó con largueza: usted, solo usted, señor Pedro, debe humillar la cabeza ante su noble conducta Yo he sido testigo de todas sus desgracias. Yo condeno el proceder de usted, y ensalzo su virtud; porque esa hija desdichada lo sacrificó todo por sus padres, todo..... hasta su honra!..... para recibir en cambio su maldicion; porque esa hija...

PED. ¡Caballero... caballero!... ¿Quién es usted?... ¿Por qué me habla usted así?... ¿Quién es esa loca?...

MAR. (*Saliendo*). Doctor, esperamos á usted. ¡Ah! (*Al ver al señor Pedro*)

PED. ¡Dios mio!... Señorita María!... ¡Qué es esto? ¿Donde está mi hija?... Caballero... diga usted, ¿abandonó mi hija esta quinta? Esa muger...

DOC. ¿Quiere usted saber lo que ha sido de su hija?.....

PED. ¡Por cuanto ame usted en el mundo!...

MAR. (¡Pobre anciano!)

DOC. Acompáñeme usted. Es preciso que sea en el salon de la quinta... hay allí otra persona...

PED. ¡Otra persona!...

DOC. Venga usted.

ESCENA ÚLTIMA.

Las NIÑAS; á poco ELENA; á poco TODOS.

(Queda la escena sola un momento y salen las niñas en confuso tropel con aros, pelotas de goma, etc., etc.

LUISIT. A mí me toca.

NIÑA 2.ª A mí, á mí.

IDEM 3.ª A mí, á mí.

EMIL. La loca, la loca .. *(Se apartan al fondo ménos Luisita.)*

LUISIT. Pues yo no la temo... acercaos, cobardes... ¡Si es inofensiva!... vereis como yo me acerco y me habla con cariño. *(Elena ha salido cuando marca el diálogo, y hace el mismo juego que en la anterior salida; pausa.)* ¡Señora Elena! *(Elena se vuelve y la mira con fijeza. Las niñas, ménos Luisita, retroceden con temor.)*

ELEN. *(A las niñas.)* ¿Por qué huís de mí? *(A Luisita.)* ¿Por qué temen?

LUISIT. Porque está usted loca.

ELEN. ¡Loca! ¡loca! *(A Luisita.)* ¿Estoy loca? ¿Verdad que nó? .. Es verdad que tu no huyes?

LUISIT. No, señora, usted me quiere mucho.

ELEN. Sí... mucho... toma esta corona .. *(por la de flores que ha hecho.)* ¿Ves? Es para el dia de tu boda... Mira... ¡qué hermosa!... mi hermano Enrique me la ha regalado hoy para tí, porque no quiere que seas desgraciada... Vosotras lo sereis... ¿Por qué no se acercan?... Diles que se alleguen...

LUISIT. Andad!... Oiremos unas historias tan bonitas!... *(Las niñas van acercándose poco á poco hasta rodearla.)*

ELEN. ¡Historias!...

LUISIT. La de su padre...

ELEN. ¡Mi padre!... *(Retrocediendo.)* ¡Ah... venid... venid... tengo miedo... míralo... míralo... *(Toma á Luisita de la mano.)* Se acerca... ¡qué miradas!... *(Salen Pedro, Doctor, Ricardo, María y Luis; el señor Pedro quiere acercarse, pero el Doctor*

le detiene; María llora. Luis y Ricardo se cruzan de brazos y demuestran gran agitacion.) Nó .. nó... no me maldigas... no soy culpable... ¿No veis? (*Con alegría.*) Mi madre le reconviene .. ¡Ah! ¡Qué buena es mi madre!... No ha muerto... nó .. ¿no la veis?... ¡Querian engañarme!...

PED. ¡Esa es mi hija!... (*Quiere acercarse y el Doctor le detiene.*)

DOC. Escuche usted, escuche usted el acento de la verdad puesto que aún dudábais..... Escuche usted.

ELEN. Yo no estoy loca. (*Se pasa la mano por la frente.*) No... si lo veo claro... Mira... Ves?... ¿Ves allí á la sombra de aquel árbol?... dos jóvenes... se aman... mira... mira como todo á su al rededor sonríe... ¡qué felices!... ¡los tiernos pajarillos cantan su dicha... ¿los oyes?..... (*Llamando.*) ¡Elena! ¡Elena! ¿Por qué lloras?... Escucha... la van á casar con otro... ¡ah, se van... se van!... ¡y su madre!... ¡Elena... Elena... tu madre se muere... ¡Mi madre!... madre mia! No, no... Ricardo... huye... mi madre me llama... ¡Ah! y se vá... no, no... vuelve, vuelve... Ricardo... se muere... ¡qué horror!... bañado en su sangre... herido... muerto... ¿ves cómo sufre?... en la cama... en el hospital... ¡y ese hombre que me ama!... ¡Nunca... Elena, eres pura!... ¡Guárdate Elena!... tu padre está en la cárcel... sin pan... ¡y ese hombre que no se vá!... y me persigue!... Sálvame... (*Amparándose de las niñas.*) ¿No ves... cómo deja á su amante muerto?... y el otro... mi padre me mira... todos... allí... me maldicen... (*Exaltándose notablemente y por grado.*) ¡ah, no... no!... ¡por mi padre hasta mi honra... mi vida... ¡toma, fantasma seductor... que no muera mi padre... mi madre!... ¡Ricardo, para tí mi amor... perdon, Ricardo... ¡ah! no ha muerto... te amo... y todos me acusan... me abandonan... No, no... (*Retrocediendo.*)

PED. ¡Dios mio! ¡Un rayo de tu luz divina!

ELEN. No me mireis... soy inocente... Ricardo, no me acuses... fué por mi padre... me desprecian...

¡Hija ingrata, te maldigo!... Perdon, perdon, padre mio!... ¡Padre de mi alma, ábreme los brazos!...

PED. (*Desprendiéndose de los brazos del Doctor.*) ¡Hija de mi corazon!

RIC. ¡Elena mia!

ELEN. Pad. . pad...

PED. ¡Tu padre que te ama! ¡Tu padre que te pide perdon! ..

ELEN. ¡Padre de mi vida! (*Arrojándose en sus brazos.*)

RIC. ¡Elena mia!

ELEN. ¡Ricardo! (*Retrocede.*)

RIC. ¡Tu esposo!...

DOC. (¡Se ha salvado!...)

ELEN. ¡María!... ¡ah! ¡Dios de misericordia!...
(*Elena cae de rodillas. Los demás la imitan. El señor Pedro en medio, de piés, estiende las manos sobre sus cabezas*)

PED. ¡Dios mio! no imploro en vano
tu benéfico perdon:
sanciona, ¡oh Dios soberano!
la bendicion de este anciano
con tu santa bendicion.

FIN DEL DRAMA.

NOTA.—Esta obra ha pasado á la propiedad de la «Agencia Teatral» de D. Enrique Bergali.